

Las palabras grandes

II Premio internacional de teatro Agustín González.

Héctor Carré

Personajes

Lucho Moscoso
Nahuel Ortigueira
Valeria
Pitu Kowalski
Enzo Sardi
Tobías Fernández
Madre

ACTO PRIMERO

1

Una noche de tormenta. Hay resplandores de relámpagos y el sonido del viento y la lluvia azotan la sala.

En el escenario vacío y oscuro, una mujer yace acostada. Junto a ella hay un hombre joven. La mujer¹, a la que apenas se puede ver en la oscuridad, habla con mucho esfuerzo. El hombre la acaricia, tratando de reconfortarla, intentando inútilmente que descanse.

Madre

No vayás.

Lucho Moscoso

Quiero ir, madre.

Madre

¿Para qué, Lucho? Ya no nos queda nada allá.

Lucho Moscoso

Quiero saber porqué... Quiero vengarme.

Madre

La venganza no te devolverá a tu padre.

Lucho Moscoso

Pero se me quitaría esta angustia, madre. Tienes que decirme su dirección.

La madre suspira.

Madre

Sería mejor que lo perdonases... Yo no pude, pero quizás vos...

Lucho Moscoso

No lo voy a perdonar.

Madre

Me dijeron que se fue del Río de la Plata. Ahora vive en Buenos Aires. Ya pasó demasiado tiempo... ¿Por qué no lo olvidás? Pensá que naciste acá en Galicia. No volvés a la Argentina.

Sus fuerzas desfallecen. Lucho la abraza. La acaricia tiernamente.

¹ Este personaje debería ser interpretado por la misma actriz que haga Valeria.

Lucho Moscoso

Mamá, te juro que si pudiese evitarlo no iría...

La madre asiente y se decide por fin a darle una carta.

Madre

En esa carta está su dirección. Si vas allá decile que te cuente lo que yo no pude contarte... pero es mejor que no pienses en vengarte. Vos no sos así.

El joven recoge el papel y asiente. La mujer vuelve a recostarse. La tormenta arrecia.

Se hace un NEGRO.

(Nota) En función del espacio físico en donde se represente la función se adaptará el escenario a las circunstancias. El director de escena tendrá sus propias ideas. No me opongo a ellas. Sin embargo expondré algunas que consideré en el momento de escribir el texto. En líneas generales el espacio escénico debe desnudarse de fondos escenográficos, buscando un fondo neutro sobre el que se moverán algunos elementos que conformarán el espacio teatral. Además de los actores tres o cuatro figurantes, vestidos con mallas negras, como si todos ellos fuesen una máscara, harán las veces de transeúntes, colocarán una farola en la esquina para construir la calle, moverán los demás elementos del decorado. Cuando caminan con paraguas son un transeúnte, pero pueden convertirse en semáforo si la escenografía lo requiere.

Del negro comienzan a surgir los figurantes que van conformando una calle y un bar.

Uno de los personajes se dirige al público hablando con tono vital. Es Nahuel, un hombre que anda cerca de los sesenta años.

Nahuel Ortigueira

Trece millones de personas cuelgan del tendal de Buenos Aires. Un tendal tejido con hilos de plata que se entrecruzan, que se alejan... y que vuelven a pedir cuentas. Los barrios, las veredas, las calles, están llenas de tipos que vinieron y ya no volvieron más. Están llenas de sol, de parques frondosos, de jacarandás y de palos borrachos. Están llenas de autos viejos y de ruido. Llenas de gente que se muere por vivir, que se muere por comerse a bocados el aire tibio y húmedo del río de la plata.

Nahuel parece sentir cierta desconfianza, como si esas palabras le recordasen algo. Entonces una de las sombras negras le llama asesino. Nahuel se gira. Pero la sombra solo es una sombra. Otra voz la llama desde otro lugar. Nahuel mira y no ve nada. Otra voz parece llegar desde donde se encuentra el público. Nahuel está aterrorizado. Se va retirando mientras los gritos de asesino se repiten cada vez más espaciados.

Nahuel ocupa su lugar en el bar, donde las sombras han llevado algunas sillas y mesas o elementos que las representan. Se oye el murmullo del tráfico de Buenos Aires, mezclado con algunas voces que llegan de lejos. La luz podría dibujar un

decorado en un telón. Los personajes, que gesticulaban concentrados en su propio mundo sin que pudiésemos escucharlos, toman protagonismo. Los presentes son Enzo Sardi, llamado el poeta, un electricista lleno de esperanza, Tobías Fernández, un taxista insolidario y Nahuel Ortigueira, el dueño del bar que se convierte en el hombre triste que siempre será.

Enzo Sardi

Pues el amor, que se yo.

Tobías Fernández

Calla la boca poeta, que siempre hablas de más... El amor no tiene nada que ver con el fútbol.

Enzo Sardi

¿No? ¿Estas seguro? Los jugadores tienen que entregarse a los compañeros para alcanzar una misma meta... ¿no es cierto?

Tobías Fernández

Sí...

Enzo Sardi

Entonces el fútbol está hecho de solidaridad, y como la solidaridad es la materia de la que está hecho el amor, se puede decir que el amor es la materia prima del fútbol.

Nahuel comienza a recoger las sillas para barrer el local.

Tobías Fernández

¿Pero vos escuchás a este loco, Nahuel? Gallina tenía que ser.

Enzo Sardi

Gallinas no, millonarios. Nos llaman “los millonarios de River Plate”.

Tobías Fernández

El amor... Y además, ¿Quién carajo sabe de que está hecho el amor?

Enzo Sardi

Quizás sólo se trata de tener fe...

Tobías Fernández

Yo sólo creo en Boca. En Boca Juniors. No necesito tener fe. Tenemos la cancha llena de trofeos. Eso es puro amor, todo lo demás es interesado... lo demás es prostitución.

Nahuel, que acababa de coger la escoba, deja de barrer ante semejante afirmación.

Nahuel Ortigueira

¿El amor por tu madre también era interesado? ¿Vos no la querías, a tu madre?

Tobías Fernández

Claro que la quería, pero mi madre, que en gloria esté, era de Boca... Siempre fue de Boca.

Enzo Sardi

A lo mejor te lo decía para no hacerte sufrir, pero en lo más profundo de su alma siempre quiso casarse con un millonario... pero apareció tu viejo, que no tenía donde caerse muerto y por eso era de boca...

Tobías Fernández

Hasta mis abuelos, allá en Europa, antes de venir a Argentina... ya eran de Boca antes de nacer.

Enzo Sardi

¿Qué te parece Nahuel? Aquí tenemos a un hombre lleno de convicción. Un hombre recto de los que necesita nuestra patria.

Tobías Fernández

Dejáme en paz ahora con la patria, poeta, que siempre andás con la misma música. Este país no tiene remedio. Aquí todos vamos a lo mismo. Mi casita, mi vaquita, mi predio chiquito, y a los demás que se los lleve el diablo... Así nunca llegaremos a nada.

Enzo Sardi

Siempre quedará el fútbol...

Tobías Fernández

Si, en eso tengo que darte la razón, y mira que me molesta...

Nahuel Ortigueira

Pero si todos los pibes se marchan a jugar a Europa cada vez más jóvenes. Ya ni eso nos va a quedar.

Tobías Fernández

Cualquier día los van a fichar por selección genética, cuando aún estén en los vientres de sus madres.

Los tres callan unos instantes. La idea de perder hasta esa última frontera los deja angustiados. Nahuel vuelve a su escoba.

Enzo Sardi

No les serviría de nada, si esos pibes no se criaran acá, ya no jugarían como juegan los nuestros.

Tobías Fernández

Eso también es cierto.

Enzo Sardi

Viste, Tobías? En el fondo aún creés en Argentina.

Tobías Fernández

Dejate ya de pabadas, Enzo. Ya me voy a marchar.

Tobías se pone en pie. Nahuel observa la calle casi vacía con gesto serio. Un par de sombras-personas se alejan. Otra figura, silueteada junto a una farola, parece estar vigilando. Es la silueta de un hombre. Nahuel mira el reloj. Parece preocupado.

Enzo Sardi

Todavía estamos a tiempo de tomar otra copa.

Tobías Fernández

Como se nota que no tenés una esposa esperando en la casa

Enzo Sardi

¿Para que guardar una en el placard si el mundo está lleno de ellas?

Tobías Fernández

Porque es mucho mejor escapar de ellas que andar persiguiéndolas... Hasta mañana.

Enzo Sardi

Esperá que voy con vos... Hasta mañana, Nahuel.

Nahuel Ortigueira

Chao.

Nahuel mira su reloj y resopla. Coge el teléfono y marca un número. Escucha lleno de impaciencia mientras espera a que le contesten.

Nahuel Ortigueira

¿Pero donde andás...? ¿Y por qué no contestabas...? Ya, no, pero estaba preocupado... Ya lo se, pero tenía miedo de que pudiera haberte pasado algo... yo tampoco, pero como no llegabas... Claro que podés... podés llegar cuando vos querás, Valeria. No es eso... Bien, disculpame, yo no quería... Hasta ahora.

Nahuel cuelga el teléfono tratando de tranquilizarse y enciende el televisor con un imaginario mando a distancia. Un juego de luces y sombras aparece en una pared.

Voz televisor

Cando Ileana estaba a punto de entrar en su casa, descubrió, entre los periodistas que aguardaban, que el propio Manuel estaba entre ellos... Fueron momentos de mucha confusión. Manuel, ese hombre a quien tanto amara, el mismo que había vendido aquellas famosas fotografías por ciento cincuenta mil pesos, y que había aparecido en público muy acaramelado con su ex amiga Patricia Ulardi, ese hombre estaba ahora ante ella con un ramo de flores en la mano. ¿Qué debería hacer? Ileana sufría porque una parte de su alma quería correr junto a el y darle un abrazo, allí mismo, delante de todos, pero al mismo tiempo, su corazón se rebelaba contra aquel...

Nahuel suspira mientras observa las sombras y escucha la voz que se va perdiendo hasta desaparecer debajo del viento que silva dentro de su cabeza, un viento gélido y desolador. Nahuel comienza a llorar.

Pero su llanto se ve interrumpido por la súbita entrada de un hombre joven, fuerte y lleno de vida, aunque ahora parezca lleno de muerte, que entra corriendo por el patio de butacas y va a esconderse detrás de las mesas. Lleva la ropa medio rota y no le quita el ojo a la entrada del bar, como si temiese que alguien viniese detrás de él. Nahuel apaga el televisor y va junto a él.

Nahuel Ortigueira

¿Le pasó algo...? ¿Está usted bien?

Lucho Moscoso

Me acaban de robar, venían detrás de mí.

Nahuel se acerca a la puerta. No hay nadie a la vista.

Nahuel Ortigueira

Pues ya los despistaste. Tranquilizate porque nadie te persigue.

Lucho Moscoso

Pueden estar escondidos en la esquina esperando a que salga.

Nahuel Ortigueira

¿No dijiste que ya te había robado?

Lucho Moscoso

Si, pero me escapé. No se creían que solo llevase cincuenta pesos. Aquí piensan que todos los gallegos somos ricos.

Nahuel Ortigueira

¿De que parte de España sos?

Lucho Moscoso

Ya se lo dije, soy gallego. Gallego de verdad.

Nahuel Ortigueira

Ah, pensé que lo decías como...

Lucho Moscoso

Si, como nosotros decimos sudacas... Ya se que gallego es peyorativo, pero aunque soy coruñes no me siento insultado cuando me llaman gallego.

Nahuel Ortigueira

La Coruña... mi familia era de por allá... ¿Quieres comer algo?

Nahuel se aleja de la puerta y va a buscar un bocadillo. Lucho se acerca al proscenio para ver si entre el público se esconde algún perseguidor.

Nahuel Ortigueira

La calle está vacía. Por mucho que busques sólo vas a ver fantasmas. Los que se llevaron el dinero ya estarán gastándolo en cualquier boliche.

Lucho Moscoso (*volviendo hacia Nahuel*)

¿Puede darme algo de beber? (*Nahuel asiente*) Si solo hay fantasmas podría ser una buena noche para confesar pecados.

Nahuel Ortigueira

Algunas cosas es mejor no contárselas ni a los fantasmas.

Nahuel le entrega el bocadillo. Lucho bebe a morro y come con ansia.

Lucho Moscoso

Se lo agradezco... Hoy tuve un mal día en el trabajo y al salir empecé a andar... y cuando me quise dar cuenta ya no sabía donde estaba. Llevaba horas caminando pero no sentía el cansancio. Sólo quería seguir... hasta que se me acercaron esos tipos...

Nahuel Ortigueira

¿Como eran? ¿Te acordás de algo que pueda identificarlos?

Lucho Moscoso

Eran jóvenes... tres o cuatro. Alguien sacó una navaja y al verla brillar me puse muy nervioso... Es extraño. Parece imposible pensar que la muerte puede aparecer tan súbitamente como el reflejo de una navaja. Sin embargo puede estar esperándonos detrás de una esquina, ¿verdad?

Nahuel Ortigueira

¿Quieres otra cerveza?

Lucho Moscoso

Sí, gracias... Llevo poco tiempo trabajando en Buenos Aires y no sabía que este barrio fuera peligroso.

Nahuel va por la cerveza.

Nahuel Ortigueira

Pues yo tampoco, no es normal que asalten a la gente en la calle.

Lucho Moscoso

Me llamo Lucho...

El nombre parece despertar el interés de Nahuel que lo observa con curiosidad.

Nahuel Ortigueira

¿Lucho qué más...?

Lucho Moscoso

Lucho Pita. ¿Le recuerdo a alguien?

Nahuel Ortigueira

No.

Lucho le ofrece la mano y Nahuel se la estrecha.

Nahuel Ortigueira

...De nada, Nahuel Ortigueira.

Lucho Moscoso

Ortigueira... Ortigueira es un pueblo muy bonito.

Nahuel Ortigueira

¿En serio?

Lucho Moscoso

Si, pero el nombre parece el presagio de una tragedia. Significa lugar lleno de ortigas, y las ortigas crecen en los terrenos sin cultivo, en los campos yermos... Van conquistando las casas que quedan abandonadas.

Una muchacha dulce pero demasiado llena de misterios entra en el bar.

Valeria

Buenas noches.

Valeria dedica una mirada curiosa al desconocido antes de ser abordada por Nahuel, que murmura algo con ella antes de volver con Lucho. Valeria se dispone a continuar la limpieza abandonada por el patrón.

Nahuel Ortigueira

Bueno, espero que no te lleves una mala impresión de nuestro barrio.

Lucho Moscoso

Me llevaré el recuerdo de su ayuda.

Nahuel Ortigueira

Tampoco le des tanta importancia. Hoy por ti, mañana por mí... Y tratame de vos, si no me hacés sentir más viejo de lo que ya soy.

Lucho Moscoso

De acuerdo... Si tuviera dinero te invitaba a tomar una cerveza.

Nahuel Ortigueira

Te lo agradezco, pero ya vamos a cerrar... A estas horas la clientela decae mucho. Antes era otra cosa, pero ahora la gente que tiene para gastar va a otros lugares... Antes quedaba hablando con los clientes después de cerrar, pero...

Valeria coge un para de cervezas y las sirve sin preocuparse de lo que pueda decir Nahuel, que la mira con recelo antes de aceptar la invitación.

Valeria

Ahora no lo hacés nunca, y deberías hacerlo... Esta corre de mi cuenta *(Se dirige a Lucho)* ¿Está todo bien? ¿No estarás herido, verdad?

Lucho Moscoso

Físicamente no... Quizás en el alma me pueda quedar alguna marca... ¿Tu qué dices Nahuel? ¿Qué hace más daño una herida en el cuerpo o en el alma?

Nahuel da un trago a la cerveza sin decir nada. El Pitu Kowalki, un rapaz vestido de saltimbanqui, aparece en la puerta jugueteando con tres pelotas de malabarista.

Nahuel Ortigueira

Pasá, Pitu... Dale un bocadillo al pibe, Valeria.

Pitu saluda en silencio y se dirige al fondo. Valeria se aparta sin haber recibido atención alguna por parte de Lucho y va a servir a Pitu. Ambos cuchichean mirando hacia los otros dos.

Lucho Moscoso

A ver, ¿qué duele más el cuerpo o el alma?

Nahuel Ortigueira

No lo se, no soy médico, ni sicólogo...

Lucho Moscoso

Pero ya tienes algunos años, algo habrás vivido que te permita opinar.

Pitu Kowalski

Viste, Nahuel, el gallego te está llamando viejo.

Lucho Moscoso

Parece que aquí todo el mundo come gratis. ¿Cómo te apañas para sacar el negocio adelante?

Nahuel Ortigueira

Ya cobraré algún día... Hay que invertir en el futuro.

Lucho Moscoso

Eso es bonito, me gusta la frase.

Pitu Kowalski

Si pero no la inventó él. Se la escuchó decir a Enzo. Nosotros le llamamos poeta porque siempre dice cosas así.

Lucho Moscoso

Lo malo de todas esas palabras grandes es que suelen estar vacías... como mucho llenas de aire.

Nahuel Ortigueira

Las pequeñas también están llenas de aire, pero podrido, y sólo sirven para envenenar el ambiente.

Lucho Moscoso

Tienes razón, además hechos son amores y no buenas razones, ¿verdad?... Y cada palo que aguante su vela...

Pitu se acerca mirando con satisfacción a Nahuel que le devuelve una sonrisa cariñosa y le da una palmada en la espalda.

Pitu Kowalski (*A Nahuel*)

¿Qué tonterías iría haciendo el tipo para que fueran a sacarle la guita?

Valeria

Puede que no hiciera nada.

Pitu Kowalski

No creo, seguro que llevaba los billetes en la mano y se la pasaba hablando con ese acento de gallego pamele...

Lucho Moscoso

¿Crees que, en este país, todos recibimos lo que merecemos?

Los argentinos abuchean esas palabras.

Pitu Kowalski

Sin faltar, gallego, que ya os echamos fuera una vez, ¿no es cierto...?

Lucho Moscoso

No quería ofender, debería haber dicho este mundo en vez de este país.

Pitu Kowalski

A veces se la lleva el que menos se la merece, pero es mejor no parecer idiota, porque al pamele todos le van encima... si pareces tonto te la van a cagar a patadas...

Nahuel Ortigueira

Eso se llama filosofía urbana de primeros auxilios. Si necesitas consejo antes de salir a pasear no tenés más que hablar con nuestro Pitu, que es un fenómeno.

Lucho Moscoso

Si, estoy aprendiendo mucho esta noche.

Nahuel le da una palamada en la espalda y Pitu hincha el pecho lleno de satisfacción por el halago. Lucho termina el bocadillo y ofrece un brindis. Los otros chocan sus bebidas.

Pitu Kowalski.

Me llamo Pitu Kowalski, si volvés a tener algún problema en la calle di que sos amigo mío, y si necesitás cualquier cosa me podés encontrar en el baldío de Irigoyen. Preguntale a cualquiera. Por acá todos lo conocen. Acordate, Pitu Kowalski.

Lucho Moscoso

Aunque no os lo creáis, me llevo un buen recuerdo de este barrio. Hasta luego.

Todos

Chao, gallego.

Cuando Lucho ya está en la puerta, Pitu va junto a él y saca unas monedas del bolsillo.

Pitu Kowalski

Venga, gallego, hoy se me dio bien el día. Tomá para un taxi, no vaya a ser que te roben también la camisa.

Lucho coge el dinero pero no lo guarda.

Lucho Moscoso

¿Me lo das de verdad? ¿Los seis pesos de mierda por los que llevas todo el día jugándote el cuello en los semáforos?

Pitu Kowalski

Claro. Ya te los di, ¿no? Si te hacen más falta a vos...

Lucho le coge la mano, se la cierra sobre el dinero y se marcha sin decir nada más.

Pitu Kowalski

Estos gallegos están medio locos.

El bar se oscurece mientras las sombras retiran las sillas y la luna ilumina a Lucho que se aleja por el patio de butacas.

Lucho camina sin temor a los ladrones, cavilando, oliendo el aire húmedo del río de La Plata. Se saca la chaqueta medio rota y la tira al suelo. Se detiene a respirar.

Es un hombre confundido. Arranca de nuevo llamando a un taxi y desaparece en la oscuridad, que se apodera de todo.

En la oscuridad, una luz descubre a Lucho que, de nuevo en el escenario, está acostado durmiendo un sueño inquieto. Repentinamente despierta angustiado, gritando. Se levanta de la cama y cuenta su pesadilla al público. Durante el monólogo, una sombra trae una silla de ruedas sobre la que se sienta Lucho. La sombra le pasea. Luego escuchamos una fuerte granizada.

Lucho Moscoso

Soy un inválido. Voy en una silla de ruedas. Mi cuerpo deforme está retorcido por una parálisis que me impide moverme. La saliva resbala por mis labios dándome el aspecto de un idiota. Como nunca pude hablar, todos creen que soy un retrasado. No puedo sonreír, no puedo señalar. Si intento hablar sólo se escucha un gruñido animal que entristece a mi madre, por eso, aunque comprendo todo lo que ocurre a mi alrededor, llevo años callado. Mi madre me lleva a pasear junto a la carretera todos los días. Siempre veo el mismo paisaje y las mismas casas de la aldea en la que vivimos, mientras los coches pasan de largo, como las nubes. Pero ahora veo detenerse un coche. Un coche desconocido del que baja una muchacha. Quiero decirle a mi madre que me lleve junto a ella, pero mi garganta sólo produce un ruido de perro furioso, incomprendible para cualquiera menos para mí. El cielo se oscurece. Se pone negro como un topo. Ciego. La muchacha está de espaldas y no puedo verle la cara. Temo que empiece a llover y mi madre me lleve a casa. Entonces comienza a granizar, pero no es un granizo cualquiera. Caen unas piedras enormes, como las que escuché decir que caen a veces en la Pampa. Algunas son como naranjas. Tengo miedo de que una naranja me rompa la cabeza, pero la primera que me golpea me da en una mano, y después del impacto, a pesar del dolor, puedo moverla. Las piedras siguen golpeándome por todo el cuerpo y los músculos comienzan a obedecer. Por primera vez en la vida puedo ponerme en pie. En ese momento una piedra me cae en la cabeza y siento un dolor terrible que me permite hablar. Abro la boca y grito como un loco, pero en el estrépito de la granizada no se escucha mi voz. Entonces despierto, empapado por el sudor, gritando como un desesperado, intentando levantarme de la cama, pero una parálisis provocada por el sueño me impide moverme.

Lucho escapa y la sombra se lleva la silla de ruedas.

La luz se apaga y vuelve el NEGRO.

Cuando vuelve la luz volvemos a estar en el bar de Nahuel. Tobías Fernández y Enzo Sardi beben y hablan. Nahuel calla, atendiendo a alguna sombra y esperando un motivo para dejar de esperar. Valeria mira hacia la calle como la mujer del marinero mira al mar, pero sólo ve alguna sombra que deambula sin rumbo.

Enzo Sardi

Este es un año de inviernos, Tobías. Tampoco hay que darle vueltas. Ya vendrá otro con dos veranos.

Valeria va hacia la trastienda a cambiar cosas de sitio.

Tobías Fernández

No se, poeta. Y si Maradona estaba equivocado, y si Dios no es Argentino.

Enzo Sardi

Dios es tan argentino como el sol de nuestra bandera.

Tobías Fernández

Pues si llega a ser brasilero nos mandaba las siete pestes...

Enzo Sardi

Vivimos acobardados. Tenemos tanto miedo al futuro que siempre buscamos la recompensa inmediatamente, como los nenes chiquitos.

Tobías Fernández

Vos tenés mucha paciencia, poeta, pero yo tengo más miedo que paciencia. Hay que apurar porque esto volverá a irse al carajo en cualquier momento.

Enzo Sardi

Las cosas llegan con el tiempo, hay que invertir en el futuro.

En la puerta del bar aparece Lucho Moscoso. Lleva una botella en la mano y otras dos en una cajita. Antes de hablar da un buen trago.

Lucho Moscoso

Vaya, tú debes de ser el poeta.

Enzo Sardi

Y vos serás el gallego. Mirá Nahuel, ya vuelve a crecer la clientela.

Nahuel Ortigueira

¿Y qué milagro te trae otra vez por acá?

Lucho Moscoso

Me apetecía devolverte la invitación del otro día.

Nahuel Ortigueira

No hacía falta devolver nada...

Lucho Moscoso
Traje un poco de malbec de Mendoza

Tobías Fernández
En ese caso tampoco tenés que hacerle un feo al gallego.

Enzo Sardi
Andá, Nahuel. Vení a nuestra mesa. Y vos sentate con nosotros.

Lucho va a sentarse con ellos. Nahuel lo imita llevando los vasos y una sonrisa. Valeria, que se disponía a volver al bar, descubre a Lucho y entra de nuevo en la trastienda para colocarse la ropa mientras los otros brindan. Se mira en un espejo sin atreverse a mostrar su cuerpo. Intenta ponerse guapa pero no está conforme con su imagen. Sube la falda para enseñar las piernas, pero después la baja todavía más de lo que la llevaba antes y se sienta en la trastienda sin atreverse a salir.

Fuera, los hombres beben como siempre bebieron los hombres.

Nahuel Ortigueira
¿Entonces vas a estar mucho tiempo destinado acá?

Lucho Moscoso
Espero que no, pero depende de lo que tarde en poner las cosas en orden.

Tobías Fernández
¿Y es muy complicado?

Lucho Moscoso
No, bueno, lo complicado para mi es el país... Nunca consigo saber si la gente me dice lo que piensa o intenta embaucarme...

Enzo Sardi
¿Pero en qué laburás, vos?

Lucho Moscoso
... Soy ingeniero, trabajo para telefónica...

Enzo Sardi
Entonces quizás sos mi jefe, yo trabajo en una empresa que fue absorbida por telefónica hace pocos meses. Soy electricista.

Enzo le ofrece la mano. Lucho, tras un instante de duda, se la estrecha antes de lanzarse de nuevo al vino, del que va tirando durante toda la conversación.

Tobías Fernández

Por eso siempre quiere traer algo de luz a las conversaciones, ¿no es cierto?

Lucho Moscoso

Me gustaría que todos fuesen como él. Tengo la impresión de que en este país hay muchos que prefieren dejar las cosas a oscuras.

Enzo Sardi

Eso te lo parece porque lo conocés poco.

Lucho Moscoso

O porque no me importa llamarle por su nombre a los mentirosos.

Tobías Fernández

Andá con cuidado, gallego, no vaya a ser que vuelvas a tener un problema.

Lucho Moscoso

Aquí nadie quiere abrir las ventanas para que entre aire fresco. Este país huele a podrido.

Tobías se lanza contra él y Lucho se pone en pie, dispuesto a comenzar una pelea. Pero Enzo y Nahuel se interponen y agarran a Tobías impidiendo que la sangre llegue al río.

Nahuel Ortigueira

Venga, venga, tengamos calma. Parece que no tenés muy buen vino... Nosotros te ayudamos cuando tuviste un problema, ¿Ya no te acordás?

Valeria sale de la trastienda y Lucho parece tranquilizarse al verla. Valeria se queda de pie escuchando la conversación.

Lucho Moscoso

Tienes razón... Es que aquí no tengo con quien hablar y... bueno allá tampoco... Mis amigos tienen sus propios problemas... No voy a llamar a otro continente para comentar los roces del trabajo.

Enzo Sardi

Venga, podés desahogarte lo que quieras, gallego. Hablá mal de nosotros lo que quieras que tampoco nos vas a agujerear una tripa por eso.

Nahuel Ortigueira

Y además seguro que algo de razón tienes. Esto está lleno de ladrones y de corruptos.

Lucho Moscoso

En el fondo vosotros habláis de vuestro país peor que yo.

Tobías Fernández

Pero es el nuestro... no es lo mismo.

Lucho Moscoso

Claro, por eso os basta con decir nunca más y olvidaros para siempre... y cuando yo digo que la calle está llena de tipos con las manos manchadas de sangre todo el mundo se calla... Lo veis. Toda esa gente es responsable de lo que pasó hace tan poco tiempo. ¿No sabéis que metiendo la cabeza debajo de la tierra no se arregla nada?

Enzo Sardi

Pero con cuentos de taberna tampoco se compone una cosa como esa. ¿Qué hicieron ustedes en España con los franquistas?

Lucho Moscoso

¿Entonces es mejor cerrar los ojos?

Tobías Fernández

Andate, gallego. ¿Qué sabrás vos de eso?

Lucho Moscoso

¿Y lo sabes tú? ¿Mataron a alguien de tu familia acaso? ¿Y de la tuya, poeta?

Los dos niegan bajando la cabeza, como si esa falta de víctimas personales los igualara al extranjero.

Lucho Moscoso

¿Y tú, Nahuel? ¿Tú tampoco tienes nada que decir?

Nahuel Ortigueira

Todos sufrimos la represión, gallego. Los inocentes y los culpables.

Lucho Moscoso

Pues a mi me parece que algunos se aprovecharon mientras otros estaban sufriendo.

Nahuel Ortigueira

Algunos sufrieron más que otros, eso desde luego. Los que perdieron a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos... Pero los demás también sufrieron, todos sufrimos por lo que pasó en aquellos años.

Lucho Moscoso
¿Qué perdiste tú?

Nahuel Ortigueira
Perdí a mi mujer.

Todos callan. Lucho se queda pasmado ante esa noticia que los otros ya conocían. Mira al poeta y a Tobías que asienten en silencio. Valeria va a la mesa y después de lanzarle una mirada lánguida comienza a recoger los vasos.

La luz desaparece. NEGRO.

Una tribu de sombras juveniles irrumpe en el escenario, transformando el bar en el baldío de Irigoyen, lleno de sombras y resplandores de hogueras. Los jóvenes beben, ríen. Se escuchan músicas.

Lucho Moscoso aparece caminando con dificultad agarrando su botella de la que sigue bebiendo.

De entre un grupo de sombras aparece la figura conocida de Pitu Kowalski.

Pitu Kowalski
¿Qué hacés acá, gallego?

Lucho Moscoso
Me gusta caminar y terminé aquí de casualidad.

Pitu Kowalski
¿Querés que te roben otra vez o andás buscando que te rompan los dientes?

Lucho Moscoso
La verdad es que me extraña que nadie me haya echado en la cazuela.

Pitu Kowalski
No me creo eso de que viniste de casualidad... Seguro que andás buscando algo...

Lucho Moscoso
Busco mi camino, Pitu, pero la noche es tan oscura que sólo encuentro sombras.

Lucho le ofrece la botella a Pitu, que no duda en cogerla y darle un beso apasionado antes de devolvérsela.

Pitu Kowalski
Vos andás buscando a Valeria, ¿No es cierto?

Lucho Moscoso

¿Valeria? ¿Quién es Valeria?

Pitu Kowalski

La viste la otra noche en el bar de Nahuel... ¿No me dirás que no te parece linda?

Lucho Moscoso

Ni siquiera reparé en ella.

Pitu Kowalski

¿Entonces no viniste al barrio buscando compañía? ¿No sabías que está lleno de bares de putas?

Lucho Moscoso

No tenía ni idea.

Pitu Kowalski

¿Y como hacés, gallego? Vos no sos de acá. Tenés que echar de menos un lugar para lavar el muñeco.

Lucho Moscoso

¿Entonces Valeria es puta?

Pitu Kowalski

¿Pero vos estás loco? ¿Te pareció una puta?

Lucho Moscoso

No, pero tampoco entiendo mucho de putas.

Pitu Kowalski

Pero no, ella ayuda en el bar. Es un bar normal el de Nahuel. ¿Entonces que andás buscando? No entiendo.

Lucho Moscoso

¿Y tú porqué estás aquí? ¿Por qué no estás en casa con tus padres?

Pitu Kowalski

No me gustan las casas ni los padres.

Lucho Moscoso

Seguro que tu padre está preocupado por ti.

Pitu Kowalski

Lo único que le preocupó siempre al loco Kowalski fue agarrar otra botella.

Lucho Moscoso
¿Y tu madre?

Pitu Kowalski
Mi madre... Esa si que era puta... puede que lleve muerta mucho tiempo. Ya ni me acuerdo de su cara.

Pitu coge de nuevo la botella de manos de Lucho y da otro trago. Lucho lo imita. En uno de los grupos hay un pequeño tumulto, un forcejeo. Algunos se marchan.

Lucho Moscoso
La verdad es que si andaba buscando algo. ¿Tú me podrías ayudar?

Pitu Kowalski
Si lo hay yo puedo conseguirlo. ¿Qué querés, cocaína?

Lucho Moscoso
No, quiero una pistola.

Pitu Kowalski
¿Para qué carajo querés una pistola, gallego?

Lucho Moscoso
Para que no vuelvan a robarme.

Pitu Kowalski
Esta noche andás muy bravo.

Lucho Moscoso
¿Puedes?

Pitu Kowalski
¿Tenés guita?

Lucho Moscoso
Claro. Tengo algo para la pistola y algo para ti.

Pitu Kowalski
Andá, gallego. Vamos ahora mismo.

Los dos marchan perdiéndose en la noche como dos gatos solitarios fugazmente unidos por una tarea común. Una ambulancia grita desde muy lejos, o quizás se trata

de un coche policial que se aparta buscando lugares más seguros. Las llamas se oscurecen como apagadas por una lluvia.

NEGRO.

Vuelve la luz. En el bar todo está recogido. Nahuel se prepara para cerrar. En la calle aparece Lucho. Lleva en la mano un hierro que a veces brilla en la oscuridad. Observa como los gatos observan a los ratones antes de saltar sobre ellos. Cuando parece que va a ir en busca de Nahuel, Valeria sale del bar y espera a que cierre la puerta. Lucho detiene sus pasos.

Valeria

¿Qué te parece si hoy no vamos a casa?

Nahuel Ortigueira

¿A dónde querés ir a estas horas?

Valeria

No lo se. Podemos ir a pasear por corrientes y tomar una copa. ¿No te apetece hacer nada?

Lucho apunta con su pistola. Nahuel mira a Valeria con una sonrisa y le da un abrazo.

Nahuel Ortigueira

Con estar contigo tengo bastante.

Valeria suspira y le da un beso cariñoso. Cuando se separan y comienzan a caminar, Lucho va tras ellos apuntando a Nahuel, pero finalmente baja la pistola, incapaz de disparar, y desmonta el gatillo. En ese momento, Nahuel se detiene y mira atrás, pero Lucho queda amparado tras una farola, fuera del alcance de la mirada del otro.

Valeria

¿Qué pasa, qué mirás?

Nahuel Ortigueira

No se. Tenía la sensación de que alguien venía detrás de nosotros.

Valeria

Nadie nos hace caso, papá. Estamos solos. ¿Quién iba a querer seguirnos?

Nahuel no tiene respuestas. Se limita a mirar la oscuridad y como efectivamente no ve a nadie, continúa su camino acompañado de Valeria.

Lucho sale de las sombras y observa como se alejan antes de marcharse en dirección contraria.

NEGRO

ACTO SEGUNDO

El bar de nahuel no es el de todos los días cuando Valeria llega a hacer su turno. Tobías grita su desgracia ante el silencio de Enzo y Nahuel.

Tobías Fernández

¡No hay derecho! ¡Ya estoy harto de este país! Este mundo es una puta mierda! ¡Habría que hacer una revolución! Pero una revolución de verdad. Habría que quemarlo todo y no dejar piedra sobre piedra.

Valeria no parece demasiado impresionada por las quejas.

Valeria

¿Qué es lo que pasó, Tobías?

Tobías Fernández

¿Qué pasó? Toda la vida laburando para esto...

Enzo Sardi

Que lo echan del taxi, nena. Que se queda sin laburo.

Valeria

Pero si todavía sos joven. Ya encontrarás otro trabajo.

Nahuel Ortigueira

Eso le decimos nosotros.

Tobías Fernández.

¿Qué quieren que haga ahora? Llevo más de veinte años manejando para ese viejo... ¡Y mirá como me lo paga! ¿Qué van a hacer mis hijos? ¿Quién les va a pagar los estudios?

Enzo sardi

No se puede ver todo al revés. Si te empeñas en mirar con los ojos de un condenado no vas a salir adelante.

Nahuel Ortigueira

Enzo, tiene razón, Tobías. No podés bajar la cabeza. Andá, vamos a tomar algo por ahí los tres, y las penas que se vayan a tomar viento.

Enzo Sardi

Claro que si, vamos, Tobías.

Tobías Fernández

Pero pagan ustedes, ¿de acuerdo...?

Nahuel Ortigueira

Andá, levanta de ahí. Después querés que no te llamen vagoneta.

Los tres salen dejando a Valeria sola en el bar. La muchacha comienza a disponer cosas a su gusto canturreando sin mucho entusiasmo hasta que termina el poco trabajo que hay que hacer. Entonces suspira y se queda medio pasmada, lánguida.

Lucho entra en el bar.

Lucho Moscoso

Buenas tardes. ¿No está Nahuel?

Valeria

No, acaba de salir con Tobías y el poeta... Si te apurás enseguida los alcanzas.

Lucho mira en la dirección que ella señala pero no se mueve.

Lucho Moscoso

Ya volverán. Puedo esperarlos aquí... si no te importa.

Valeria

¿Qué querés tomar?

Lucho Moscoso

Nada, me parece que ya bebí bastante la última vez... ¿Te llamas Valeria, verdad?

Valeria

Valeria, si.

Lucho Moscoso

El primer día estaba tan alterado que casi ni te vi.

Valeria vuelve a limpiar las mesas. Lucho observa con agrado sus movimientos y su forma de caminar.

Valeria

Y el segundo estabas tan borracho que mejor que no me viste.

Lucho Moscoso

Tienes que perdonarme. Normalmente cuando veo una mujer como tú no me pasa desapercibida

Valeria

¿Entonces ves muchas como yo?

Lucho Moscoso

Tampoco quería decir eso.

Valeria

¿Podrías decirme exactamente qué clase de mujer soy?

Lucho Moscoso

Diferente.

Valeria

Bien, gallego. Ya vas mejorando... La primera vez tenías una cara de espanto que daba miedo. Pensé que te había pasado algo terrible. ¿Tanto aprecio le tenías a los cincuenta pesos?

Lucho Moscoso

No seas mala.

Valeria

¿Por qué no? Para un día que puedo meterme con alguien y pasar un buen rato...

Lucho Moscoso

Si es por eso puedo venir a sacarte de paseo todos los días.

Valeria

Tampoco corras tanto, non vaya a ser que te estrelles.

Lucho Moscoso

Tengo que confesarte una cosa.

Valeria

Dále. Soy todo oídos sordos.

Lucho Moscoso

Pensaba que eras más tímida.

Valeria
Sólo cuando estoy callada.

Lucho Moscoso
¿Y hablas mucho?

Valeria
¿Qué era lo que tenías que confesar?

Lucho Moscoso
La verdadera razón por la que estaba tan alterado, a los cincuenta pesos les tenía aprecio, pero sólo por diversión. No era un amor verdadero.

Valeria
Arranca, gallego.

Lucho Moscoso
Pues precisamente eso... que aunque todos me llaméis gallego, la verdad es que nací en El río de la Plata. Por eso este país me emociona como ningún otro. Mi madre me llevó a vivir a La Coruña cuando tenía dos años, y me siento tan gallego como cualquiera... pero al venir aquí no se que me pasa.

Valeria
¿Y trajiste a tu madre?

Lucho Moscoso
No, murió... Ella murió hace poco.

Valeria
Lo siento mucho. Ya escuchaste el otro día que mi madre también murió, pero yo la perdí cuando era muy pequeña, ni siquiera la recuerdo... ¿Y tu padre?

Lucho Moscoso
También murió. El murió aquí, antes de que nos fuéramos.

La nostalgia de esos padres perdidos amordaza sus sentimientos. Los dos se miran con la certeza de compartir sus inquietudes.

NEGRO.

La luz trae un nuevo bar, pero es un bar diferente, de mala nota, donde las sombras andan buscando compañía entre el humo y la música. Aunque distraídos a veces por los andares de una joven de poco recato, Enzo Sardi, Tobías Fernández

bailan y echan mano a los culos que les pasan cerca. Tobías agarra a una muchacha y sin hablar ni mirarla a la cara se aprieta contra ella con deleite.

Enzo Sardi

Di la verdad, Tobías. ¿A que ya te sientes un poco mejor?

Tobías Fernández

Ya te lo diré mañana, que ahora estoy ocupado.

Enzo Sardi

Por lo menos podías agradecerle a Nahuel. Ya ves que consiguió sacarte el disgusto... y ahora el que parece un poco mustio es él ...

Nahuel Ortigueira está efectivamente algo melancólico, echándole el ojo a una muchacha que pasa junto a ellos.

Tobías Fernández

Eso es porque Nahuel es un hombre serio, no un boludo como vos. ¿No es cierto, Nahuel?

Enzo Sardi

No, hombre no. Está claro que le pasa algo.

Tobías Fernández

¿Ah sí? ¿Es cierto lo que dice este chanta?

Nahuel Ortigueira

No... No se, estoy preocupado por Valeria. La veo extraña conmigo. Me parece distante. Siempre estuvimos tan unidos...

Tobías Fernández

¿Pero vos estás medio sonso a que te pasa? Pero se está clarísimo, hombre.

Nahuel no entiende de qué le habla el taxista. Enzo también permanece a la expectativa.

Tobías Fernández

¿De verdad no sabés lo que le pasa a tu hija? Pues que no tiene novio y está que arde.

Nahuel Ortigueira

¿Pero qué decís?

Tobías Fernández

Que le arde la concha, Nahuel. Que anda más caliente que una perra. Que tiene más necesidad de ponerse a cuatro patas que una cerda de revolcarse en el barro en un día de mucho calor.

Nahuel, que había quedado tan desconcertado que era incapaz de reaccionar, se lanza al pescuezo de Tobías. Enzo consigue agarrarlo antes de que el agua llegue al río.

Nahuel Ortigueira
¿Cómo sos tan hijo de puta?

Enzo Sardi
No te lo tomés así, Nahuel, que no te lo dice para ofenderte.

Los hombres, puestos en pie, siguen forcejeando como si estuviesen bailando alguna suerte de extraña milonga alcohólica entre la indeferencia de público y prostitutas.

Tobías Fernández
Si es una piba excelente, Nahuel. Pero está en la edad. ¿Entendés?

Nahuel Ortigueira
¿Pero querés callarte de una vez?

Enzo Sardi
Es que vos tampoco querés entender, Nahuel.

Nahuel Ortigueira
¿Pero que coño querés que entienda?

Enzo Sardi
Que por limpia y linda que esté jaula, el pájaro quiere volar.

Nahuel, comprende por fin que los amigos no tratan de burlarse de él. Tobías hace un gesto a una muchacha para que se acerque. La joven consigue que Nahuel deje el abrazo de los hombres y comience a bailar con ella.

Nahuel Ortigueira
Valeria.

Los otros se apartan dejando a la puta hacer su trabajo.

La prostituta se convierte en Valeria y por efecto de la luz y el sonido el antro se convierte en un jardín frondoso. Los pájaros cantan y el sol brilla.

Valeria

Bailo con mi padre, estamos en una sociedad antigua, llena de gente que canta siguiendo la música. Es el final de la primavera pero el jardín huele a verano. Mi padre ya no puede bailar más y va a descansar en un banco. Alguna mujer va a hacerle la rosca, pero él sólo tiene ojos para mí. Sigo bailando sola y los que están en la pista hacen un corro para mirarme. Me encanta saber que todos están pendientes de mis movimientos. Bailo como nunca se bailó antes. Mis pies, más que pisar, flotan sobre la pista. Todos los chicos quieren bailar conmigo, pero hay un muchacho algo tímido, con el que me apetece bailar a mí. Voy hacia él. El muchacho comprende que es el elegido, pero un sueño terrible se apodera de él, haciéndolo caer completamente dormido en una cama que hay junto a la pista. Todos están pendientes de mí. Comienzan a aplaudir acompasadamente para animarme a que lo despierte con un beso. Me acerco a él, pero cuando voy a besarlo veo que, recogidas junto a su corazón, sus manos esconden una pistola. Todos continúan batiendo palmas, animándome a que lo bese, todos menos mi padre.

Valeria se marcha. El sol desaparece. La luz cambia y los pájaros enmudecen. Estamos en un cuarto de hotel. Lucho, que parecía dormir, se sienta en la cama. Observa la pistola que tiene en la mano agarrándola como si fuese su propia extremidad. Masculla insultos incomprensibles y deja el arma. Se arruga el rostro bajo los dedos de unas manos que son como garfios.

Lucho Moscoso

La puta madre que la parió...

Lucho se pone en pie caminando como un perro enjaulado.

Lucho Moscoso

Mierda, mierda, mierda... ¿Quién coño le manda...?

La luz va desapareciendo mientras el sigue dando vueltas y vueltas.

NEGRO.

Vuelve la luz al bar de Nahuel. Valeria barre mirando hacia la calle. Nahuel recoge y mira a su hija de cuando en cuando. Enzo y Tobías terminan sus copas y se ponen en pie para marchar.

Enzo Sardi

Y mañana será otro día, ¿no es cierto, Tobías?

Tobías Fernández

Eso parece, sí.

Enzo Sardi

Hasta mañana.

Todos se despiden. Tobías y Enzo se paran en la puerta mirando al cielo, ya en el exterior del bar. Un transeúnte que pasaba cierra su paraguas y sigue caminando.

Enzo Sardi

Parece que vamos a tener suerte, ya no llueve... Puede que vos también tengas suerte y tampoco te despidan.

Tobías Fernández

A mí no me apetece comprar el taxi, ¿entendés? Así que no es cosa de suerte... Me voy a quedar en la calle y nada más.

Tobías encoge los hombros y comienza a andar, pero Enzo lo agarra para que no se marche.

Enzo Sardi

¿Pero cómo que comprar? ¿No habíamos quedado en que te echaban a la calle?

Tobías Fernández

Hombre. Como quien dice...

Enzo Sardi

¿Qué significa exactamente como quien dice?

Tobías Fernández

Pues que el viejo se retira y vende el tacho con la licencia, entendés? Y quiere que se la compre yo.

Enzo Sardi

¿Pero entonces no te despide?

Tobías Fernández

¿Pero que más da eso? Yo soy un empleado. Hago un trabajo y me pagan. Ya está... No quiero más complicaciones, que ya es bastante con aguantar a los clientes.

Enzo empieza a hacer aspavientos y Nahuel se acerca a ver que ocurre

Enzo Sardi

¿Pero vos escuchás, Nahuel? Resulta que non lo despiden. El viejo se retira y quiere venderle el taxi.

Tobías Fernández

Andá, andá... Yo no me quiero meter en préstamos. ¿No ves que tengo muy mala suerte? Si le compro la licencia al viejo seguro que suben la nafta... o que se yo... Y además yo no puedo laburar las veinticuatro horas seguidas.

Nahuel Ortigueira

Pues contratás a alguien.

Tobías Fernández

¿Pero vos sabés lo que es tener empleado a un tachero? Para que lleve a los clientes sin bajar la bandera y se quede con toda mi guita. ¡Andate...! Como si yo no conociera a los taxistas, menudos pelotudos, hijos de la gran puta.

Enzo Sardi

Visto de esa manera... Ya te voy comprendiendo.

Tobías Fernández

Esto es una vergüenza, hombre. Toda la vida trabajando para que después te den la patada cuando les conviene... ¿Venís o qué hacés?

Los dos hombres se alejan. Nahuel se queda mirándolos un momento antes de volver al bar.

Enzo Sardi

Voy, pero me parece a mi que eso no se puede llamar despido...

Tobías Fernández

¿Ahora también sos experto en sindicalismo?

Enzo Sardi

Es que no se puede decir que la intención del viejo sea dejarte si trabajo.

Tobías Fernández

Vos con tal de llevarme la contraria sos capaz de cualquier cosa.

Los dos se alejan. Nahuel vuelve hacia su hija que limpia mecánicamente algún objeto que termina cayéndole al suelo con gran estrépito. Valeria intenta poner orden en el desastre cuando comienza a llorar. Nahuel va a ayudarla a recoger.

Nahuel Ortigueira

¿Pero que te pasa, Valeria?

Valeria

Nada, no me pasa nada.

Nahuel Ortigueira

¿Y por eso lloras, porque non te pasa nada?

Valeria

Pues puede ser.

Valeria se aparta de su padre y continúa limpiando. Nahuel la mira preocupado.

Nahuel Ortigueira.

Llevás más de una semana medio pasmada, hasta se te caen las cosas de las manos...

Valeria

Tendré más cuidado, no te preocupes.

Nahuel Ortigueira

No es eso, Valeria. Te lo digo porque tengo la impresión de andás triste.

Valeria, que llevaba un trapo en la cintura, comienza a fregar la superficie de una mesa.

Valeria

¿Cómo querés que ande si después de las clases tengo que venir corriendo para atender un bar que siempre está vacío?

Nahuel Ortigueira

No está tan vacío, y la clientela no anuncia cuando va a venir. El bar tiene que estar dispuesto.

Valeria

Soy la más vieja de mi curso, papá... el tiempo que me dejan libre las clases lo paso aquí laburando...? No me da tiempo a estudiar, pero ir a dar una vuelta con alguien... eso ya no puedo ni pensarlo.

Nahuel Ortigueira

¿Con quien querés ir?

Valeria

¿Con cualquiera, qué más da eso?

Nahuel se agarra la espalda con gesto dolorido.

Nahuel Ortigueira

¿Entonces que querés que haga, que cierre el bar? La espalda me está matando. Yo sólo no puedo llevarlo... Parece mentira que no tengas ningún respeto por tu padre.

Valeria

No me falta respeto por ti, papá. Lo que me falta es aire.

Nahuel Ortigueira

Aire, sí. Lo que te falta son ganas de trabajar y yo estoy todo el día pendiente de ti para que no te falte de nada.

Valeria

Papá, tengo de todo menos de lo que necesito.

Nahuel Ortigueira

Sos bien desagrada. Para eso llevo toda la vida partiéndome el alma. Tendría que hacerte trabajar el doble para que comprendieses lo que yo hice por vos.

Valeria

Hiciste lo que te dio la gana, que yo nunca te pedí nada.

Nahuel Ortigueira

No te quiero volver a escuchar una palabra más.

Valeria

¿Y que vas a hacer si hablo? ¿Me atarás los dientes con una cuerda?

Nahuel Ortigueira

Callate la boca o no volvés a la universidad.

Valeria

Hablaré todo lo que me de la gana. Vos no sos quien para impedirme nada. Mañana iré a la facultad a mi hora como todos los días, lo que no está tan claro es si voy a venir a ayudar en este bar de mierda.

Valeria se arranca el mandil y lo lanza por los aires con el trapo. Sale del bar con gesto airado mientras Nahuel los recoge del suelo. La luz del bar va decayendo y Nahuel se refugia en las sombras del televisor.

Valeria camina sin saber a donde va, pero en seguida descubre a Lucho, que está esperándola en la calle. El rostro de los dos se ilumina como una fiesta. Se acercan y se saludan con un beso. Valeria mira al bar para comprobar que Nahuel no los ha visto.

Lucho Moscoso
Qué tal estás?

Valeria
Bien. Iba a dar un paseo... ¿Vienes a ver a mi padre?

Lucho Moscoso
Pues en realidad no... Desde que hablamos el otro día tenía ganas de volver a verte... Así que... Vine a verte a ti...

Valeria sonríe y calla, encantada de escuchar esas palabras, pero vuelve a mirar al bar como si la proximidad de su padre le impidiese gozar del momento.

Lucho Moscoso
¿Te parece bien?

Valeria
Yo estoy igual.

Lucho Moscoso
¿Igual de qué?

Valeria
Esperaba que llegara este momento, pero...

Lucho Moscoso
Pero no llamaste, ni...

Valeria se acerca y le da un beso apasionado que Lucho devuelve con ansia.

Valeria
No dejaste número, ni dirección. Sos un boludo. ¿Qué querías? ¿Qué llamara a telefónica pidiendo que me pasaran con el gallego?

Lucho Moscoso
Tienes razón... pero no se me había ocurrido pensar que tú también quisieras verme.

Valeria lo besa de nuevo.

Valeria

Tenía más ganas de verte que de abrir los ojos por las mañanas... Cuando estaba en clase no podía atender a las explicaciones porque sólo veía tu cara sobre el negro del encerado.

Lucho se contagia de inmediato de esa fiebre que ella desborda. La abraza y cogiéndola de la mano, comienza a caminar.

Lucho Moscoso

Llévame a conocer Buenos Aires.

Valeria

¿Conoces Palermo Soho?

Lucho Moscoso

Si lo conociese, seguro que hoy me parecía distinto.

Los dos marchan corriendo como niños y la triste calle de barrio se convierte en una alfombra roja que lleva al cielo.

Entran en un local en el que suena música de baile. Otros jóvenes disfrutaban bailando y riéndose. Cambian de local, cambian de luz y de imágenes proyectadas en el fondo, pero la alegría y la animación continúan. Beben y bailan. Se besan y caminan. Al final desaparecen juntos por un lateral

NEGRO

Vuelve la luz al bar de Nahuel, que está haciendo algo detrás de la barra. Tobías Fernández está en la mesa de siempre. Enzo Sardi anda inquieto y no se acomoda en parte alguna. No sólo es el hombre alegre que conocemos. A veces sus pensamientos lo llevan a lugares oscuros, como en el que ahora se encuentra, lejos de sus compañeros, que permanecen en un segundo plano de actividad, medio aletargados, como si ellos fuesen otras de las sombras que pululan por el escenario. Enzo se dirige al público.

Enzo Sardi

¿Qué dirían de mi si lo supieran? ¿Seguirían compartiendo mi mesa y las partidas de truco? ¿Seguirían habándome...? No lo hice con mala intención, sólo fue por miedo. Cualquiera podía haber hecho lo mismo que yo, si estuviese en mi lugar. Era joven, no veía más allá de mi deseo y no me daba cuenta de lo que ella sentía. Claro que había hecho promesas, ¿pero quién no las hizo? Todos juramos alguna vez un amor eterno que se desvanece con la salida del sol... Cuando le prometí que me casaría con ella lo decía en serio, estaba loco por ella, o puede que estuviese loco por conseguirla, porque un mes después sólo pensaba en su vecina... ¿Cómo iba a pensar que le daría tanta importancia

a lo que ella me entregó? A su pérdida, como ella decía... Quizás se volvió loca porque ya era una loca. Quizás habría enloquecido igual si yo no la hubiese dejado como la dejé. No lo hice con mala intención. Pensé decírselo de buenas maneras, pero me dio miedo de que siguiese pensando en mi, de que siguiese esperando para casarse conmigo. No quería hacerla sufrir y pensé que si me veía en la cama con la otra me perdería el respeto de un solo golpe, que me desterraría de su corazón, pero nunca pensé que pudiera hacer lo que hizo. Podría haberse casado con otro, yo no tenía que ser su último hombre, sólo era el primero... Si no hubiese empezado a tomar de aquella forma y si no se hubiera ido a trabajar a aquel prostíbulo de miseria... Yo no tuve culpa de eso, yo sólo le hice ver que no estaba tan enamorado como ella pensaba, sólo quería que volase por su cuenta, no quería romperle las alas. A mi me daba miedo su obsesión, por eso no quise ir a verla, no pensaba que fuera a hacer lo que hizo. ¿Cómo iba yo a pensar que se mataría en aquel manicomio de mierda?

Enzo continúa cavilando. Valeria sale de la trastienda. No parece la mujer lánguida de siempre. Hoy parece tener mucha más vida recorriéndole las venas.

Tobías Fernández

Solidaridad... ¿Qué querés que te diga? No se que andarás cavilando, Enzo, pero cada cual defiende lo suyo. Eso es lo que hay... Lo que le pase a los demás es problema de ellos... Yo me muero de la risa cuando me hablan de solidaridad. Siempre te la mentan para sacarte la guita. ¿Vos te imaginás ir a un banco a pedir plata por solidaridad? Garantías no tengo, señor banquero, pero puedo dejarle en prenda toda mi solidaridad.

Valeria ríe la broma. Nahuel, que está pendiente de ella, también sonríe.

Nahuel Ortigueira

En eso tenés razón. No creo que diese mucho resultado, no.

Tobías Fernández

¿Y cuando nos hablan a nosotros de solidaridad...? Justo antes de meternos la mano en el bolsillo. Andate... los impuestos los pagás vos si querés, Enzo. Yo, mientras pueda, procuraré no dar un peso.

Valeria

Entonces no podrás quejarte de cómo anda todo.

Tobías Fernández

Puedo, claro que puedo. Es lo único que nos queda. Si tampoco podemos quejarnos... entonces ya no se si vale la pena el esfuerzo de abrir los ojos por las mañanas.

Valeria

Eso no es un esfuerzo. Desde que cambió el tiempo a mi me encanta abrir los ojos por las mañanas.

Nahuel Ortigueira (Suspica)

Si, este mes, todo es sol. Casi parece que no hubiese luna.

Valeria (Precavida)

Dijiste que podía librar para preparar los exámenes...

Nahuel Ortigueira

Ahora que viene el eclipse, ya veremos si te afecta o no.

Enzo, que seguía dando voltas como un burro en la noria, se detiene como si hubiese decidido algo.

Enzo Sardi

Ya está bien. No aguanto más.

Tobías Fernández

Ya iba siendo hora de que empezaras a entender las cosas... Si querés te explico una manera de no dar un peso, lo que podés...

Enzo Sardi

Estoy harto de trabajar para los jefes.

Los otros escuchan la declaración con cierta perplejidad.

Enzo Sardi

¿Qué te parece si vamos a medias?

Tobías Fernández

¿Pero... querés, hacer una empresa de electricistas?

Enzo Sardi

No, yo pongo la mitad de la plata para comprar el taxi y hago el otro turno.

Tobías Fernández

¿Vos te estás riendo de mí?

Nahuel Ortigueira

Ten cuidado con lo que decís, Enzo. Pensá que el tráfico de Buenos Aires es muy violento. Quizás con tu carácter no podés hacer ese laburo.

Enzo Sardi

Si no puedo con el tráfico habrá que cambiarlo, pero ya está decidido.

Valeria coge una botella e invita a los presentes, dispuesta a hacer un brindis.

Valeria

Esto hay que celebrarlo.

Lucho aparece en la puerta del bar. Nahuel enseguida se da cuenta de su presencia.

Nahuel Ortigueira

Mira quien anda ahí. El gallego de mar del Plata. Brindá con nosotros que estamos de celebración.

Lucho, se acerca, recibiendo un vaso de Valeria, que no manifiesta mayor proximidad con él de lo que mostrase anteriormente.

Lucho Moscoso

¿Y qué celebramos? ¿La pérdida de memoria?

Tobías Fernández

Que el poeta quiere dar un paso adelante y juntarse conmigo para trabajar el tacho. Si querés podés entrar vos también y hacemos turnitos de ocho horas nada más.

Lucho Moscoso

Lo siento pero vine un poco precipitadamente y no me dio tiempo a hacer el curso de conducción temeraria.

Enzo Sardi

Andá gallego, no empecés que tampoco manejamos tan mal.

Lucho Moscoso

Al contrario, tenéis que conducir de maravilla para poder esquivar a todos los sicópatas y llegar vivos a casa... Pero paso tanto miedo en los taxis que me cuesta apreciarlo.

Valeria

Hasta luego, papá, que la pasen bien... También podés ofrecerle el puesto de mozo al gallego, quizás te podría renovar la clientela... Pero no le hagás mucho caso que es un renegado.

Valeria le da un beso a Nahuel y se marcha.

Nahuel Ortigueira

¿Por qué decías lo de celebrar la pérdida de la memoria?

Lucho Moscoso

¿Sabéis la historia del príncipe ladrón...? Era el príncipe del reino más próspero de la tierra, pero no encontraba satisfacción en sus riquezas. Así que una noche se vistió de hombre común, se mezcló entre la gente, y eligiendo entre sus súbditos a uno de los más débiles y desamparados, lo golpeó y lo desvalijó en un callejón. Le gustó tanto la experiencia que comenzó a repetirla cada noche. Los débiles y los desamparados ya no podían dormir, porque las noticias de robos y palizas se extendían a todos los rincones. Era tanto el miedo, que el pueblo estaba cada vez más débil y más desamparado... hasta que una de las víctimas reconoció al príncipe ladrón y lo denunció. Entonces sus súbditos se sublevaron contra él, pero cuando iban a lincharlo en una plaza, pidió clemencia y consiguió enternecer el alma del verdugo, que se detuvo, esperando la opinión del pueblo allí congregado. En ese momento hubo un gran terremoto y todo el reino quedó patas arriba. La conmoción fue muy grande y todos se asustaron muchísimo. Creyeron que el terremoto era consecuencia de su intento de ahorcar al ladrón, así que se olvidaron de sus fechorías y fundaron una república... Desde entonces duermen tranquilos creyendo que no volverá a haber terremotos.

Nahuel Ortigueira

¿Y qué pasó con el príncipe?

Lucho Moscoso

Consiguió un alto cargo en el gobierno y algunos dicen que se convirtió en un buen político... pero otros juran que siguió fiel a sus costumbres y continuó robando a los desamparados durante todas las noches su larga vida.

Enzo Sardi

¿Y vos que creés?

Lucho Moscoso

Creo que los verdugos necesitan un corazón de piedra y que los terremotos sirven para despertar a los pueblos dormidos.

Tobías Fernández

Desde luego, gallego. Vos sos peor que el poeta. Mira que dicen ustedes unas cosas que no hay Dios que las entienda. Andá, tomá un vino y callate.

Nahuel Ortigueira

¿Y sólo viniste a contarnos esa historia tan interesante?

Lucho Moscoso

Vine a despedirme. Ya casi terminé lo que vine a hacer aquí y voy a pasar unos días en Mar del Plata. Quiero recuperar algo de mis orígenes antes de volver.

Nahuel Ortigueira

¿Tenés familia por allá?

Lucho Moscoso

No, si nos quedaba alguna familia, mi madre rompió toda relación al irse a Galicia.

Enzo Sardi

¿Y por qué haría una cosa así?

Lucho Moscoso

Quizá también quería olvidarse de esto para poder dormir tranquila... Bueno, tengo que marcharme. Sólo paré a saludar un momento porque me venía de camino.

Lucho sale del bar dejando a los demás cavilando sobre sus palabras.

Tobías Fernández

Este tiene más vueltas que un molino de viento.

Nahuel Ortigueira

Yo creo que le gusta Valeria.

Enzo Sardi

Tenés razón, se marcharon casi juntos, pero disimulando.

Tobías Fernández

Pues deberías tener cuidado, Nahuel. Porque estos gallegos se creen que el mundo es suyo.

Nahuel Ortigueira

Ya escuchaste que pronto se volverá a Galicia. No es peligroso... ¿Quieren la baraja?

Los otros valoran positivamente la opinión de Nahuel y afirman en silencio dispuestos a comenzar su partida de truco.

NEGRO

El flash de una cámara compacta ilumina la silueta de Valeria y Lucho Moscoso. Hay varios flashes con diferentes posturas.

Cuando vuelve la luz vemos que están haciéndose fotos junto a un hombre que lanza el alzueto de su caña hacia el público. Se oyen chapoteos del agua del río. Están delante del río de la Plata, junto al “aeroparque”. El ruido de un avión aterrizando inunda el espacio. Después de algunas fotos con besos y posturas graciosas, Lucho se vuelve hacia el río.

Lucho Moscoso

Pues no parece de plata. Parece un río de barro.

Valeria

¿No lo imaginabas así?

Lucho Moscoso

Pues no... Me imaginaba un río de aguas brillantes, lleno de reflejos de... no se...

Valeria

¿Más grande?

Lucho Moscoso

No, más grande no... Si no se ve la otra orilla. En los ríos de allá siempre ves el otro lado.

Valeria

¿Entonces te gusta?

Lucho Moscoso

Es como ver el mar.

Valeria

¿Y yo? ¿Te gusto?

Lucho Moscoso

Claro que me gustas. ¿Qué pregunta es esa?

Valeria

Tengo miedo, Lucho.

Lucho, más pendiente del mismo que de Valeria, ignora su último comentario.

Lucho Moscoso

Tienes que decírselo a tu padre.

Valeria
Tengo miedo.

Lucho Moscoso
¿De qué tienes miedo?

Valeria
De ser demasiado feliz y perder la felicidad.

Lucho Moscoso
Para eso sería mejor no vivir... Vivamos ahora y ya nos preocuparemos del futuro más adelante... ¿Se lo vas a decir?

Valeria
Mi padre siempre ve con malos ojos a cualquier chico que se acerque a mi...

Lucho Moscoso
¿Entonces qué es lo que haces? ¿Te los follas a escondidas a todos?

Aunque las manos de Lucho no se movieron, Valeria siente una bofetada.

Lucho Moscoso
Tienes que decírselo. Si te quiere tendrá que aceptarlo, y si no lo acepta será porque no se merece tu respeto...

Valeria
Es mi padre, gallego. ¿Qué querés que haga?

Lucho Moscoso
Quiero que des la cara, Valeria. No me gusta esconderme. Si puedes contrariar su voluntad yéndote conmigo a la cama, también podrías hacerlo para decirle la verdad, ¿no te parece?... ¿Pero de verdad no había otro sitio para poner un aeropuerto?

Otro avión se acerca. El sonido amenaza con arrasar toda traza de esperanza del aire húmedo del río de la Plata y del pálido rostro, lleno de tristeza, con el que Valeria observa a Lucho sin poder contestar.

NEGRO.

Pitu Kowalski es iluminado por un rayo de luz concentrada. Junto a él, una de las sombras tirada en el suelo, durmiendo, roncando. Iluminada por otro rayo de luz.

Pitu Kowalski

A Nahuel no le haría eso... si es que hice algo por no hacer nada. El me había dado la vida, es cierto, pero también me la estaba sacando a golpes un día y otro día... Xa estaba harto de palizas. Un día me rompió una pierna... y la nariz un montón de veces, igual que a mi madre, a ella se la rompía cada poco, y yo digo que por muy puta que fuera, tampoco tenía derecho... Después se quejaba porque se marchó con aquel italiano miserable. Seguro que no le pegaba tanto como él, por lo menos eso... Si llego a despertarlo me hubiera dado una paliza por haberme escapado con mis amigos. Además me dio miedo. Respiraba como un becerro enfermo, con aquella barriga de buey acostado caído hacia un lado. Cuando empezó a vomitar me dio miedo, yo no sabía lo que le pasaba, no entendía aquel ruido extraño, de burbujas calientes, aquellos estertores de ahogo. No me moví, pero porque era él, si hubiera sido otro le habría ayudado. Si fuese Nahuel intentaría darle la vuelta para que el líquido le cayera de la boca pero a él no. No hice nada. Me quedé parado mirando como el loco Kowalski se iba callando, porque cuando no se asfixiaba tampoco hablaba muy bien, con su acento de perro parecía que estaba vomitando. Me quedé mirando hasta que se quedó quieto de una vez, porque así no volvería a pegarme nunca más.

La sombra del suelo deja de convulsionarse y Pitu vuelve a las sombras de las que salió.

NEGRO.

La luz vuelve al bar de Nahuel que ya está vacío. Sólo queda el dueño que se dispone a recoger antes de cerrar. Pitu llega con su espíritu saltimbanqui de siempre.

Pitu Kowalski

¿Ya te vas? Creía que cerrabas más tarde.

Nahuel Ortigueira

Pasá, pibe, pasá.

Nahuel va a coger el bocadillo y se lo entrega a Pitu, que comienza a comer con la misma hambre de siempre.

Nahuel Ortigueira

¿Qué querés? Valeria no me ayuda más...

Pitu Kowalski

¿Y eso... Tan mal le pagabas?

Nahuel Ortigueira

No es por la guita...

Pitu Kowalski

¿Entonces por qué es?

Nahuel Ortigueira

Cosas de padres e hijos...

Pitu Kowalski

Entonces no me meto. Entre padres e hijos siempre hay demasiada mierda y no quiero que me salpique.

Nahuel Ortigueira

Si yo fuera tu padre no te dejaría llevar esas pintas de mendigo que llevais ahora los pibes...

Pitu Kowalski

A mi me gusta vestir así.

Nahuel Ortigueira

Y además no tenés un padre que mire por vos.

Pitu Kowalski

Me gusta vivir como vivo, con mis compañeros...

Nahuel Ortigueira

¿Entonces no estás dispuesta a componer un poco ese aspecto que llevás?

Pitu Kowalski

¡Nunca! Nunca en la vida. Vos no sabés lo bien que estamos en el baldío. Es más grande que la fábrica donde estábamos antes... y hacemos cada fiesta.

Nahuel Ortigueira

Es que, como Valeria ya no trabaja más en el bar, estaba pensando en hablar con alguien, pero claro... los mozos tienen que llevar saco.

Pitu Kowalski

Pues tendrás que seguir buscando porque mi forma de vestir es sagrada. Prefiero morirme antes que ponerme un saco.

Nahuel Ortigueira

Ya me parecía.

Pitu Kowalski

Vaya boludez... Un saco, tenés cada cosa, Nahuel...

Nahuel Ortigueira

Había pensado en hablar con el hijo del carnicero... No es mal chico. ¿No te parece?

Pitu Kowalski

No... un poco zonzo...

Nahuel continúa recogiendo mientras meneaba la cabeza apreciando los comentarios de Pitu Kowalski.

Nahuel Ortigueira

Pero como siempre anda bien vestido no tendría que hacer ningún sacrificio.

Pitu Kowalski

¿Y... cuanto tiempo tendría que pasar en el bar la persona que contratés?

Nahuel Ortigueira

Desde las cinco hasta la hora de cerrar.

Pitu Kowalski

Hombre, a lo mejor tampoco es tanto sacrificio...

Nahuel sonríe antes de que la oscuridad se apodere de la escena mientras los dos comienzan a recoger juntos.

NEGRO.

El cuarto de Lucho, aunque está más oscuro que la otra vez, parece más luminoso. Lucho está sentado en la cama con el torso desnudo. Valeria entra, envuelta en una toalla, hablando mientras se seca el pelo después de darse una ducha.

Valeria

La verdad es que no se si estoy siendo justa con el.

Lucho Moscoso

Lo sabes perfectamente.

Valeria

¿Entonces por qué no puedo disfrutar de esta vida?

Lucho va junto a ella y la acaricia mientras habla. Ella es receptiva, pero ha vuelto a convertirse en una mujer nostálgica.

Lucho Moscoso

Porque te culpas injustamente. Te culpas por ser feliz, por ser joven, por disfrutar el momento...

Valeria

El momento... Los hijos son injustos. Piensan en disfrutar del momento y dejan a los padres morir de pena recordando. Por muy malos que seamos con ellos, siempre siguen viéndonos inocentes y desamparados.

Lucho Moscoso

No eres injusta, pero tampoco eres su juguete. Es normal que quieras acabar tu carrera. Es normal que quieras salir con amigos. Es normal que quieras tener vida propia.

Valeria (Apartándose de él)

¿Después de todo lo que hizo por mí? ¿Ahora que necesita mi ayuda en el bar tengo que darle la espalda? ¿Eso es lo normal? ¿Eso es lo que tiene que hacer una hija?

Lucho Moscoso

Ese es el problema, Valeria... Su comportamiento se parece más al de un amante que al de un padre.

Valeria

Vos no lo entendés. El tuvo que hacer de padre y también de madre.

Lucho Moscoso

Pero se comporta como un carcelero.

Valeria

¿Intentás apartarme de él?

Lucho Moscoso

Solo llevamos juntos dos meses, pero me parece que es lo que necesitas...

Valeria

Voy a dejar de verte.

Lucho calla. Escucha el silencio para asegurarse de no haber oído una alucinación. Pero Valeria comienza a ponerse las prendas que estaban en el suelo sin mirarle. Lucho intenta acercarse de nuevo, pero comprende que ella no se lo permitiría.

Lucho Moscoso

Pero... Eso no... ¿Te vas así?

Valeria

Yo no puedo vivir sólo el momento. Hay lazos más fuertes. ¿No lo entendés?

Valeria sale del cuarto dejándolo perdido en el escenario, un escenario en el que comprende, repentinamente, que sin ella es imposible llenar ese espacio vacío.

NEGRO.

El bar de Nahuel. Enzo y Tobías están en la mesa de siempre. Nahuel se acerca a servir otra copa a Enzo, que parece estar algo deprimido.

Nahuel Ortigueira

¿No querés otra, Tobías?

Tobías Fernández

No, ya voy a agarrar el auto.

Nahuel Ortigueira

¿Entonces qué, Enzo? ¿No te fue bien la mañana?

Tobías Fernández

No hagás caso, se la bancó el pibe... Hizo una buena caja.

Nahuel Ortigueira

¿Entonces que pasa?

Enzo Sardi

Nada, cosas del tacho...

Tobías Fernández

No le hagás ni caso. No le pasa nada. Ya lo conocés. Yo me voy porque el auto sólo no labura.

Tobías sale del bar. Nahuel sigue mirando a Enzo en espera de una respuesta.

Nahuel Ortigueira

¿Seguro que no quieres hablar de eso?

Enzo Sardi

Me paró en Callao un cliente que quería ir al aeropuerto de Ezeiza con mucho apuro. Entonces giro en Santa Fe para agarrar la autopista desde el nueve de Julio y el tipo me pregunta si no sería mejor ir por Puirredon. Yo pensaba que no, pero todavía no estoy

seguro, me la paso muy nervioso cuando empiezan así. Le digo que no, que por allí vamos mucho mejor, que confíe en mi profesionalidad y todas esas boludeces... y el tipo se calla. Pero cuando llegamos al obelisco me encuentro con un atasco de mil demonios, y empieza a refunfuñar. Que si los tacheros siempre hacemos igual que si lo llevaba por allí para cobrarle más guita... Y yo cada vez más nervioso. Había una manifestación y los autos ni se movían. Así que empecé a meterle la rueda a todo el mundo, aprovechando el menor resquicio para colarme. Quería demostrarle al tipo que no pretendía estafarlo, ¿me entendés?

Nahuel Ortigueira

¿Y por eso estás deprimido?

Enzo Sardi

Entonces apareció una ambulancia con la sirena puesta. Algún chofer le dejó pasar pero la mayoría no se movían. El tipo tenía que adelantar rompiéndose las manos de apretar el claxon y gesticulando como un desesperado. Sacaba medio cuerpo por la ventanilla del auto. Lo veía por el retrovisor y no me lo podía creer, hasta que el tipo llegó atrás de mí justo en el momento en que delante se abría un huequecito y cuando el semáforo todavía estaba cambiando a rojo. ¿Y sabés lo que hice yo?

Nahuel Ortigueira

Pisaste el acelerador y pasaste vos.

Enzo da otro trago a su copa y asiente bajando la cabeza.

Enzo Sardi

Fue el miedo, Nahuel. El miedo a perder lo que creemos nuestro nos convierte en asesinos.

Nahuel Ortigueira

Vamos, poeta... Tampoco mataste a nadie.

Enzo Sardi

¿Y si la ambulancia llevaba a alguien con un infarto y por mi culpa llegó tarde al hospital? Matar no sólo consiste en hacerlo con las propias manos...

Nahuel vuelve a llenar el vaso de Enzo y utiliza el de Tobías para tomar una copa él mismo.

NEGRO.

El sonido de los autos identifica a una gran avenida. La luz descubre a las sombras caminando. Valeria avanza entre ellos pero está tan sola por dentro que se siente como si estuviera sola. Las demás personas y los coches que la rodean sólo son

sombras y sonidos de tráfico, murmullos de voces y pasos de fantasmas que se escuchan pero que ella no ve.

Se detiene para sacar una fotografía de su bolso. Es una de las fotografías que se había hecho con Lucho frente al Río de la Plata.

Valeria

Un río de barro...

Valeria acaricia la imagen de Lucho llena de nostalgia. Después cambia el gesto y parece que va a guardarla pero no puede. Finalmente le da un beso y vuelve en dirección contraria a la que venía mientras guarda la foto en el bolso. Pero enseguida pierde seguridad en su caminar y vuelve a detenerse maldiciendo para sus adentros.

Valeria

Un río de barro...

Valeria da la vuelta otra vez y continúa caminando en la misma dirección que al principio de la escena.

NEGRO.

Al volver la luz, tiene un extraño color anaranjado. Pitu Kowalski lleva puesta una chaqueta negra por encima de sus ropas de saltimbanqui. Observa el sol a través de un cristal oscuro desde la puerta del bar de Nahuel. La luz crepuscular parece estar a punto de abrir las puertas de la noche. Lucho llega andando por la calle sin hacer caso de la extraordinaria circunstancia celeste. Pitu le ofrece el cristal.

Pitu Kowalski

Tomá, gallego. ¿No querés ver el eclipse?

Lucho Moscoso

Prefiero que brille el sol.

Pitu Kowalski

Eso lo preferimos todos. Pero no podés ver un eclipse cualquier día.

Lucho Moscoso

Ya llevo demasiado tiempo a oscuras, Pitu.

Lucho entra en el bar seguido de Pitu Kowalski que, para sorpresa del gallego, va a situarse detrás de la barra.

Pitu Kowalski

¿Querés tomar algo?

Lucho Moscoso

No, sólo venía a saludar... pensé que este era el turno de Valeria.

Pitu Kowalski

Ahora es mi turno, pero podés esperarla. Siempre pasa por acá cuando vuelve de la universidad. Suele llegar a estas horas... Pensaba que vos ya sabías...

Lucho Moscoso

¿Te obligó Nahuel a ponerte la chaqueta?

Pitu Kowalski

Nada de eso, me puse el saco porque me apetecía cambiar un poco de estilo. ¿No puedo?

Pitu vuelve hacia la puerta para mirar esa luz anaranjada.

Pitu Kowalski

Estoy enamorado de esta luz... Como vos.

Lucho Moscoso

Ya te dije que a mi no me gusta.

Pitu Kowalski

Como vos no lo decía por la luz, si no por lo de enamorado... ¿Ya te dieron la patada?

Lucho Moscoso

No te entiendo.

Pitu Kowalski

Al principio todo va bien, pero enseguida aparecen los celos y alguien se encuentra con un corazón partido en dos.

Lucho Moscoso

Mi corazón está entero.

Pitu Kowalski

Si, ya lo veo... Lo llevás en la mano... pero el rastro de sangre llega hasta el río de la Plata.

Lucho Moscoso

No seas tonto, sólo vine a hablar con ella.

Pitu Kowalski

Se le llamas a hablar a pedir otra oportunidad, arrodillado a sus pies...

Lucho sonríe y meneá la cabeza lleno de falsa incredulidad, pero sin palabras con las que poder contradecir a Pitu Kowalski.

Pitu Kowalski

Todos los que se acercan a ella terminan igual... Pero no es culpa de ella.

Lucho Moscoso

Si siempre pasa lo mismo y los pretendientes cambian, la culpa tiene que ser de ella, ¿no?

Pitu Kowalski

Dicen que para conquistar a una madre hay que empezar por los hijos, ¿no es cierto? Pues esto es igual... La culpa es del viejo. Al principio hace ver que está encantado, pero poco a poco la va trabajando hasta que la convence de que el pibe no vale la pena. Nahuel es muy celoso.

A Lucho le incomoda la perspicacia del muchacho. No sabe si negar o echar más leña al fuego.

Lucho Moscoso

Es más que eso.

Pitu Kowalski

Tampoco te pongás trágico... No lo hace con mala intención, gallego, lo que pasa es que está enamorado de su hija.

Lucho Moscoso

¿Sabes que durante la dictadura fue confidente de los milicos?

Ahora es Pitu Kowalski el que está aturdido. Tarda un instante en contestar.

Pitu Kowalski

Andá, gallego, mejor buscá en otro rubro. Nahuel es muy celoso pero es buena persona.

Lucho Moscoso

Lo se a través de gente que fue detenida por su culpa.

Pitu Kowalski

Estás loco, gallego. Sos más celoso todavía que él... Nahuel un alcahuete de los milicos... Pero si siempre está dispuesto a ayudar a los demás. Todo el mundo lo conoce en el barrio. Preguntá por ahí si querés. Ya me gustaría que fuera mi padre en vez del que me tocó en suerte. El loco Kowalski, ese si que era un hijo de puta, gallego. Ese era capaz de cualquier cosa, pero Nahuel no...

Lucho Moscoso

Vino de Mar del Plata en el setenta y nueve. Nadie lo conocía cuando compró el bar y empezó una nueva vida...

Pitu Kowalski

Fuera de aquí... ¡Andate! Fuera de aquí antes de que te rompa la cabeza a palos. ¡Hijo de puta! ¡¡ pelotudo gallego de mierda!!

Lucho obedece y sale del bar. Pero no se marcha de inmediato. Se queda en la calle esperando, observando a las sombras que vienen y van. Enseguida llega Valeria, que parece dudar si debe dar un rodeo para apartarse, pero finalmente continúa caminando hacia él. Con su llegada se acaba el eclipse, la luz vuelve a ser blanca y más intensa. Valeria se detiene junto a él.

Valeria

¿Que quieres?

Lucho Moscoso

Quería que se acabara el eclipse y parece que ya termina.

Valeria

Sí, pero es un espejismo, Lucho. Enseguida vendrá la noche y hay que tener cuidado con estas luces porque siempre engañan a la vista. Las mujeres pueden parecer mucho más lindas de lo que en realidad son... Y cuando llega el día, los hombres no saben como decirles que quieren irse.

Lucho Moscoso

Me conozco tu cara de memoria.

Valeria

Fue un capricho, gallego. Andate tranquilo. Nadie va a pedirte explicaciones.

Lucho Moscoso

Vente conmigo a España. Si quieres nos casamos para que tengas la nacionalidad. Así tendrías permiso de trabajo.

Valeria

¿Estás de broma?

Lucho Moscoso

No. Te lo digo en serio. No me imaginaba que pudiera pasar esto, pero pasó... Tengo dinero y si te casas no te va a faltar de nada.

Efectivamente, Valeria tenía razón. La noche, que estaba escondida, al acecho, comienza a caer sobre ellos.

Valeria

¿Pero vos por quién me tomás, Lucho? ¿Creés que podés venir acá a ofrecerme un trozo de pan como si fuera una mendiga? Para hacer un trato así es mejor que vayás a un prostíbulo. Yo tengo mi vida y mi familia acá.

Lucho Moscoso

¿Y si no fuera así?

Valeria

Si mi abuela tuviese ruedas sería una bicicleta. ¿De que me estás hablando?

Lucho Moscoso

¿Y si tu padre no fuera tu padre?

Valeria

¿Estás loco, gallego? Se te fue la pinza, como dicen ustedes.

Lucho Moscoso

En este país hay muchos niños que han vivido secuestrados sin saberlo. Lo sabes mejor que yo.

Valeria

Todo el mundo dice que somos idénticos en todo, Lucho. Non le des más vueltas. Si tengo que elegir entre Nahuel y vos, elijo a mi padre.

Lucho Moscoso

¿Qué más sabes de tu familia, Valeria? ¿Qué sabes de tu madre?

Valeria

Ya te lo dije, murió cuando yo era muy chica.

Lucho Moscoso

¿Tienes algún recuerdo? ¿Viste alguna foto?

Valeria

Las quemó mi padre... la añoraba tanto a mi madre que no podía soportar ver su imagen en las fotografías, y un día las quemó todas para que el recuerdo no acabase con él.

Lucho Moscoso

Puede que sea verdad, pero también podría ser que no tengas fotos porque fuiste robada a unos padres que nunca te podrían criar... porque estaban muertos.

Valeria

Apartate de mi vista.

Valeria se aleja de él y va hacia el bar sin volver la vista atrás. Lucho se marcha desesperado.

Valeria entra en el bar y va a sentarse en una mesa. Pitu se da cuenta de que le pasa algo, pero no sabe si hablarle de lo que dijo Lucho.

Pitu Kowalski

Buenas noches, Valeria.

Valeria

Hola, Pitu.

Pitu Kowalski

¿Querés tomar algo?

Valeria meneaba la cabeza. Pitu trata de encontrar alguna actividad que lo distraiga de lo que le está envenenando el alma, pero no encuentra nada.

Pitu Kowalski

¿Viste al gallego?

Valeria

Lo vi. Sí.

Pitu espera a que ella diga algo antes de soltar lo que lleva dentro.

Pitu Kowalski

¿A vos también te contó esas cosas raras que anda diciendo...? (Valeria asiente) se volvió loco. Dice que Nahuel era alcahuete de los milicos.

Valeria reacciona con asco ante esa nueva revelación.

Pitu Kowalski

Lo eché fuera del bar. Le dije que no me creía una palabra y lo eché fuera a patadas... Vaya hijo de puta. Mirá como le paga a tu padre que lo haya ayudado...

Valeria

Es porque dejé de salir con el, por eso anda diciendo esas cosas... Por despecho. Es para vengarse de mí. ¿Entendés?

Pitu Kowalski

Ya le dije que yo no lo creía... Eso es imposible, aunque nadie lo conociera a Nahuel antes de que llegara de Mar del Plata, ¿verdad? ¿Verdad que es completamente imposible?

Valeria

Claro que es imposible. Los hombres celosos, cuando son rechazados, pueden inventar cualquier cosa.

Pitu asiente satisfecho, pero no puede evitar que la duda lo siga consumiendo. Valeria ya no aguanta más y se pone en pie dispuesta a marcharse, intentando evitar que se le noten las ganas de salir corriendo.

Valeria

Yo me voy. Estoy un poco revuelta. ¿No te importa si cerrás vos esta noche?

Pitu meneaba la cabeza. Se da cuenta de lo afectada que está Valeria pero pretende fingir que no percibe nada. Valeria sale hecha un mar de dudas.

Cuando se queda sólo, Pitu va a la barra y se sirve una copa de aguardiente. La bebe mientras mira el local con expresión incrédula.

Pitu Kowalski

Me cago en la puta que parió un...

Va a donde se guarda el dinero de la recaudación. Lo cuenta y vuelve a ponerlo donde estaba. Resopla. Mira de nuevo el dinero. Refunfuña entre dientes alguna maldición mientras intenta frenar la mano, que quiere ir hacia ellos. Finalmente la mano tiene más fuerza que él y coge el dinero. Va a beber otra copa de aguardiente y se marcha corriendo con la botella en la mano, dejando el bar abierto.

Pitu Kowalski

Hijo de puta. ¡Hijo de la gran puta!

El bar queda sólo. Vacío en esa noche oscura que ha seguido al eclipse. Ni siquiera una sombra cruza por la calle.

Nahuel aparece detrás de la esquina. Viene canturreando, quizá silbando alguna canción alcohólica. Llega a la altura de la puerta y descubre que el bar está abierto, entra sorprendido. Enseguida ve que no está recogido.

Nahuel Ortigueira
¡Pitu!

Va a donde se guarda el dinero y ve que ha desaparecido. Se le cae el alma a los pies pensando en la traición del muchacho.

Nahuel Ortigueira
¿Pero cómo es posible?

Nahuel se sirve un vaso y comienza a beber su amargura. Oímos voces, gritos que llegan desde bambalinas, desde detrás de los espectadores, quejas lastimeras de hombres que ya no tienen fuerzas para gritar.

Nahuel se tapa los oídos, pero como las quejas no cesan comienza a contarle al público.

Nahuel Ortigueira
Escucho voces terribles. Voces de hombres y mujeres que lloran como niños pequeños. Avanzo por el corredor, que está lleno de puertas, y voy abriendo y entrando en todos los cuartos. Pero están vacíos, oscuros. Palpo las paredes pero no encuentro nada. Sólo el hormigón desnudo que me va haciendo heridas en los dedos. Cada vez apuro más, porque las voces siguen, los gritos, los llantos desamparados. Las manos me duelen como si un perro estuviese royéndome los huesos, pero chupo mi propia sangre de los dedos y sigo abriendo puertas, sigo avanzando por el corredor, y cuanto más corro más se alejan las voces, hasta que llega un momento en el que ya no se escucha nada. El corredor queda en un silencio completo, en un silencio de cementerio que suena en mi cabeza como el estruendo de un rayo al rasgar el cielo. Entonces despierto sobresaltado y salto de la cama con la misma ansia del sueño. Voy al cuarto de Valeria tratando de no hacer ruido para no despertarla y tengo que mirarla un tiempo, tengo que asegurarme de que está conmigo, tengo que verla dormir con su respiración tranquila para poder volver a la cama, pero aún así, esas noches ya no puedo dormir más.

La oscuridad total se apodera de la escena mientras Nahuel observa a su hija dormida.

NEGRO

Un nuevo día comienza. Nahuel limpia, preparando el local para atender a los clientes. Valeria entra y va a darle un beso a su padre.

Nahuel Ortigueira

Buen día. Qué milagro que hoy bajés tan temprano.

Valeria

Buen día. Voy a repasar unos temas con una compañera antes del examen.

Nahuel Ortigueira

¿Querés un café?

Valeria

Gracias, ya lo tomé en la casa.

Nahuel se pregunta si la visita tiene algún propósito concreto, pero no se atreve a preguntárselo a ella.

Valeria

¿No has vuelto a saber nada de Pitu?

Nahuel Ortigueira

Después de lo que hizo, no se si se atreverá a volver...

Valeria

¿Y si no volviera?

Nahuel Ortigueira

No se, vamos a esperar un poco. El pibe es buena persona, estará avergonzado por lo que hizo... No se que le pasaría pero me extraña tanto que me hiciese eso.

Valeria

Si querés puedo volver a hacer mi turno.

Nahuel Ortigueira

No te preocupés más. Ya me las compondré... ¿Te pasa algo con el gallego?

Valeria

Se lo llevó el viento... desapareció con el eclipse, igual que Pitu.

Nahuel Ortigueira

¿Ah, si? Yo pensaba que... bueno que os llevabais bien el gelleguito y vos.

Valeria
Solo era un capricho.

Nahuel Ortigueira
¿Un capricho de quien?

Valeria
Supongo que de los dos. Pero ya da igual. Se acabó la historia.

Nahuel se acerca a su hija y le da un abrazo cariñoso.

Valeria
¿Papá, nunca te arrepentiste de haber quemado las fotografías de mamá?

Nahuel suspira. Los viejos tiempos siempre lo llenan de agonía.

Nahuel Ortigueira
Si, claro que si... Ahora me gustaría tener una foto de ella. Pero ya es tarde. Esa historia también se acabó hace muchos años.

Valeria
Estos días pensé mucho en ella. Me gustaría tanto poder saber por lo menos como era su cara.

Nahuel Ortigueira
Mirate en un espejo. Se parecía muchísimo a vos.

Valeria
¿Y no habrá alguna foto por ahí en casa de algún pariente de Mar del Plata?

Nahuel se aparta de ella repentinamente tenso.

Nahuel Ortigueira
¿Me vas a romper el orto con los parientes, Valeria? ¿Qué se te perdió a vos con ellos ahora?

Valeria
No es por los parientes. Es por mi madre, por ver si alguien tiene una fotografía de...

Nahuel Ortigueira
¿Pero que fotos?! ¡Los tíos murieron y sólo quedan dos o tres primos más jóvenes que vos! ¡Ellos no la conocieron! ¿Para que iban a guardar una foto de tu pobre madre?

Valeria

¿Por qué te ponés así?

Nahuel trata de tranquilizarse.

Nahuel Ortigueira

Perdoname, hijita... Cuando me acuerdo de ella siempre me... Hace quince años que no se nada de ellos. Ni siquiera fui al entierro del tío Federico... No voy a escribir ahora para preguntar si tienen fotografías de tu mamá. ¿Me entendés?

Valeria mira a su padre con cierta incredulidad, pero acepta sus explicaciones. Va a darle otro beso antes de marcharse.

Valeria

Está bien, papá. No te preocupés tanto, que no tiene importancia... Me marché a la universidad.

Valeria sale dejando a Nahuel preocupado mientras vuelve a limpiar como al principio de la escena.

NEGRO

Un haz de luz descubre a Tobías junto a la farola. El taxista habla al público.

Tobías Fernández

En el taxi, lo primero es el negocio. Hay que cumplir porque la mujer y los hijos están en la casa y quieren comer, quieren ropa, quieren calzado. Ellos no saben de derechos ni de deberes. Despiertan y quieren desayunar como todo el mundo... Si me hubiera parado quien sabe lo que podía haber ocurrido. La culpa fue de él porque ya era muy viejo. Al día siguiente leí en el periódico que tenía ochenta años. Yo casi no lo toqué, fue un roce... Si no fuese tan viejo quizás no le habría pasado nada, pero yo no tengo la culpa de que fuese viejo. Murió desangrado, claro que sí, pero si lo hubiese metido en el auto, ¿Qué hubiera dicho mi jefe? Hubiese perdido todo el día limpiando la sangre. Y quien sabe, quizá hubiera tenido que pagarle una indemnización. Aún encima de que el muy zonzo cruzó sin mirar. Los viejos siempre cruzan sin mirar, mal rayo los parta, pero en ese momento yo iba un poco más apurado de lo que estaba permitido y la velocidad se puede calcular por la marca de frenada... Llevaba un día de mierda y acababa de dejar a un cliente, quería llegar a plaza Italia para ver si aprovechaba la buena racha. Si llego a parar quizás me habría despedido el jefe, o me quitaban la licencia... Mis hijos son lo primero... ¿No dicen que la familia es lo primero...? No va a importar más un viejo boludo, un viejo desdentado y cabrón que los hijos de uno, ¿no es cierto?

Durante la explicación de Tobías sale, una de las sombras camina encorvada, usando un bastón. Cuando el sonido de un auto pasando a toda velocidad lo hace girar sobre si mismo y caer al suelo. Tobías se acerca pero no hace nada por ayudarlo, luego otra sombra se acerca y otra. Entre ellos sacan al viejo de la escena. Cuando Tobías acaba su monólogo vuelve el NEGRO.

La luz descubre el cuarto de hotel. La misma luz y la misma frialdad. Lucho sentado en su cama, quieto, luchando consigo mismo sin mover un músculo. Finalmente se pone en pie. Coge la pistola y sale.

NEGRO

La luz descubre a Enzo y a Tobías escandalizando por la calle. Enzo va delante, seguido por Tobías, que está hecho un basilisco.

Tobías Fernández

Mirá a mi no me contés cuentos, ¿Me entendés?

Enzo Sardi

No es ningún cuento. Ya sabés lo que pasó.

Tobías Fernández

No te hagás el piola conmigo. ¿Me escuchás poeta? Mañana hay que seguir laburando y nada más.

Los dos llegan al bar y entran ante la sorpresa de Nahuel, que no está acostumbrado a verlos discutir de esa manera.

Enzo Sardi

Pues me parece que ya sabés que no va a ser así.

Nahuel Ortigueira

¿Pero qué os pasa? ¿Por qué lo retás de esa manera?

Tobías Fernández

Pasa que este pelotudo hijo de siete madres estrelló el auto contra un árbol y lo dejó hecho mierda... y ahora dice que responde.

Enzo Sardi

¿Cómo que non respondo? Lo que digo es que tendremos que ir pagando la reparación entre los dos.

Tobías Fernández

Vos perdiste la chaveta, poeta. Que yo sepa no manejábamos los dos, ¿No es cierto? Si no sabés manejar un auto con seguridad, tendrás que saber pagarlo. Es lo lógico...

Nahuel Ortigueira

¿Pero porqué no llamás al seguro?

Enzo Sardi

Porque no tenemos seguro. ¿entendés? Me dijo que teníamos uno buenísimo pero sólo son unos papeles truchos por si nos para la cana.

Tobías Fernández

Porque yo se conducir. ¿Entendés, hijo del orto? ¡Subnormal de mierda! ¿Cómo carajo se me habrá ocurrido juntarme con un chupamate como vos?

Enzo Sardi

Quizás porque todavía sos mucho más pelotudo que yo... Además de hijo de puta.

Tobías está a punto de lanzarse sobre Enzo, pero Nahuel se mete en medio de los dos para tratar de enfriar los ánimos.

Nahuel Ortigueira

¿Quieren hacer el favor de calmarse y hablar las cosas con calma?

Tobías Fernández

Mirá yo no quiero saber nada más. Cuando cambiamos el turno yo te di un auto en perfecto estado de funcionamiento y eso es lo que me tenés que devolver. Y no me pidás un peso porque no lo voy a poner. Tenés veinticuatro horas. Si no componés esto nos vamos a ver las caras vos y yo. Ya te aviso.

Tobías sale de muy mal talante. Enzo va a sentarse muy abatido. Nahuel, que estaba preocupado por la situación e intenta consolarlo sirviéndole una copa, no sabe que decir para levantarle el ánimo.

Enzo Sardi

Estamos todos metidos en la mierda, Nahuel.

Nahuel Ortigueira

Ya veremos lo que hacemos. No podemos deprimirnos por la plata.

Enzo Sardi

Parece que tenemos la negra. Todo se va al carajo, Nahuel. ¿Alguna vez pensaste que Tobías y yo podíamos perder la amistad...? Y además Valeria rompe con el gallego, vos te llevás ese disgusto con el Pitu Kowalski... Todo junto como si fuese una maldición.

Nahuel va decayendo en su ánimo al escuchar los argumentos de Enzo y termina por sentarse con él.

Nahuel Ortigueira

Pensé que podía confiar en él, pero se ve que nadie se libra del pasado tan fácilmente.

Enzo Sardi

Quizás, ahora que ya pasó lo peor, tiene que llegar la redención.

Nahuel Ortigueira

¿Vos creés que los hombres pueden cambiar?

Enzo Sardi

Claro.

Nahuel Ortigueira

A veces pienso que sólo se puede escapar de la miseria pasando a mejor vida.

Enzo Sardi

No hace falta llegar a tanto.

Nahuel Ortigueira

Ojalá tuvieses razón. Pero sos demasiado optimista...

Enzo Sardi

La voluntad mueve montañas. Y si no siempre queda la de Mahoma, ¿no es cierto? Vamos a la montaña y tratamos de arreglar las cosas, aunque sea de a poco.

Nahuel Ortigueira

A mi se me está acabando la fe, Enzo. Hasta las fuerzas se me están acabando.

Enzo Sardi

Desde luego, si ya estás tan pesimista como el gallego, vamos listos...

Nahuel Ortigueira

Desde que llegó con esa desconfianza no trajo más que desgracias.

Enzo Sardi

Al venir me pareció verlo en una ochava cuando venía. Parecía un alma en pena, el pobre. Yo creo que de verdad está enamorado de tu hija.

Nahuel suspira.

Nahuel Ortigueira

No me va a dejar en paz... Valeria se aleja de mi por su culpa, como si le hubiese contagiado la desconfianza... Esta noche no vino a dormir, ni llamó para avisar... Vos no tenés hijos, poeta, y no sabés lo que es pasar la noche esperando a que vuelvan.

Ahora es Nahuel el que parece más deprimido de los dos. Enzo lo mira con expresión irónica.

Enzo Sardi

Que no te parezca mal, pero me está deprimiendo hablar con vos. Voy a ver de meterme en una cama caliente para sacarme esta agonía de encima.

Nahuel asiente sin palabras y Enzo marcha después de darle una palmada en la espalda.

Nahuel no puede estar de peor ánimo. Entonces suena el teléfono del bar². Se apura a descolgarlo.

Nahuel Ortigueira

¿Valeria...? ¿Pero por qué no me llamaste antes...? ¿Qué...? Dime la verdad, ¿Qué fue lo que te dijo el gallego...? No lo digo por nada, pero... ¿Estás con él? ¿Entonces con quién estás? ¿Estás con un hombre? ¿Y por qué no habrías de estar con... Y a quién le va importar si no...? ¿Pero qué te pasa, Valeria? ¿Cuando volvés? No, no me digás que no sabés... Valeria, escuchame bien, tenés que volver aho...

Nahuel se queda callado. Es evidente que cortaron la comunicación al otro lado. Se sienta muy abatido encoge un rostro corrompido por las lágrimas. Se lleva frotando la cara con las manos intentando recomponer su ánimo, pero no puede.

En la calle, Lucho se acerca al bar caminando furtivamente.

Nahuel se levanta con rostro desesperado y va hacia la trastienda.

Lucho entra sigilosamente y se esconde a esperar a que vuelva al bar. En su mano vuelve a asomar la vieja amiga de hierro, aquella pistola que no había utilizado por la aparición de Valeria.

Nahuel hace un nudo corredizo con una cuerda y se sube a una silla. Mira hacia arriba buscando un lugar del que colgar la cuerda.

Lucho vigila con cuidado de no ser descubierto. Se va acercando a la trastienda, pero cuando consigue ver lo que está haciendo Nahuel, se da cuenta de lo absurdo de su situación, intentando matar a un suicida.

² Uno de los elementos que forman la escenografía podría contener la caja registradora, el teléfono, la propia barra.

Nahuel se dispone a probar el nudo en su pescuezo.

Lucho se debate en la duda, pero decide meter la pistola en el cinturón y va a enfrentarse con él, solamente armado de palabras.

Lucho Moscoso
¿Qué haces, Nahuel?

Nahuel baja de la silla, avergonzado.

Nahuel Ortigueira
Nada... estaba... una tela de araña que no se como deshacerme de ella.

Tira la cuerda al suelo tratando de disimular y sale de la trastienda seguido de Lucho.

Lucho Moscoso
Nunca oí que un suicidio acabase con las telarañas.

Nahuel, está tan incómodo que no sabe que contestar. Pretende concentrarse limpiando unos vasos, como si eso fuese una buena razón para no contestar a Lucho.

Lucho Moscoso
¿De que se escapa un hombre que elige colgarse de una viga?

Nahuel Ortigueira
No pensaba colgarme, solo lo hacía por... no se, por saber lo que se siente. ¿Qué se yo...?

Lucho sonríe con aire burlón. Nahuel le dirige una mirada seria.

Nahuel Ortigueira
¿Por qué intentás alejarme de mi hija?

Lucho Moscoso
Puede que por lo mismo que te interrumpí ahora. Para castigarte.

Nahuel Ortigueira
¿Lo que llevás ahí es una pistola?

Lucho Moscoso
Si, pero ya no me hace falta.

Nahuel Ortigueira
¿Pero quién sos vos?

Lucho Moscoso
Ya sabes que me llamo Lucho, ¿no te dice nada ese nombre?

Nahuel Ortigueira
Me dice muchas cosas, pero conocí a varios Luchos.

Lucho Moscoso
Soy hijo de Lucho Moscoso y Michaela Catania.

Nahuel se sienta en una silla como un condenado se sienta en el garrote.

Nahuel Ortigueira
Llevo toda la vida temiendo que pudieras aparecer... ¿Quién más lo sabe?

Lucho Moscoso
Sólo tú y yo.

Nahuel Ortigueira
¿Y Valeria?

Lucho Moscoso
Ella no sabe quien soy. Le dije que habías sido confidente de los militares y no me creyó. Si me ha dejado es precisamente por no separarse de ti. Ella no estaba en el plan. No se si mi madre sabía de su existencia.

Nahuel, que escucha atentamente la explicación, parece sorprendido por el dato.

Lucho Moscoso
Siempre evitaba todo lo relacionado con Argentina. Intentaba que me olvidase pero yo no podía. Me dio tu dirección poco antes de morir. Me pidió que hablase contigo para que me contases lo que ella no pudo contarme... y que intentase perdonarte... Yo vine a matarte, pero al conocer a Valeria ya no pude hacerlo... y ahora prefiero que vivas y pagues por lo que hiciste.

De alguna manera la información parece dar nuevos ánimos a Nahuel.

Nahuel Ortigueira
¿Entonces que querés de mi?

Lucho Moscoso

Siempre he estado encogido por el miedo a saber quien soy, por el miedo a descubrir lo que ocultaba mi madre, por el miedo a saber si mi padre había sido un terrorista... Sólo quiero saber lo que pasó... ¿Por qué lo hiciste?

Nahuel suspira. Le cuesta mucho confesar delante del hijo de su víctima.

Nahuel Ortigueira

Por miedo, por venganza. Cuando perdemos el amor sólo nos queda el miedo, y el miedo es negro como la muerte... Llevaba años tratando de construir algo que me defendiese de aquel miedo, pero desde que llegaste siento que la sombra me rodea... Valeria se aparta de mí y Pitu, que era casi como otro hijo, me roba y desaparece...

Lucho Moscoso

¿Cómo que te roba? ¿Cuándo desapareció?

Nahuel Ortigueira

La semana pasada, la noche del eclipse.

Lucho Moscoso

Esa fue la última noche que vi a Valeria, y también hablé con el... pero no me creyó ninguno de los dos.

Nahuel Ortigueira

Me parece que creyeron más de lo que vos imaginas... ¿Puedo pedirte un favor?

Lucho Moscoso

Habla.

Nahuel Ortigueira

Vos sos un buen muchacho y sabés lo que significa perder el amor. Te quedás tan vacío que incluso el odio parece que puede llenar ese hueco. Eso fue lo que me pasó a mí. Perdí la cabeza, pero llevo años intentando dejar atrás aquel error.

Lucho Moscoso

Aquel error le costó la vida a mi padre y desgració la de mi madre.

Nahuel Ortigueira

Ya se que no podés perdonarme, Lucho. Sólo pretendo que me entendás. Ya sólo me queda una oportunidad. Andá a buscarlo a Pitu y pedile que vuelva. Os contaré lo que pasó. Quiero confesar de una vez, pero quiero que lo sepa por mis propias palabras y no por lo que escuche de la boca de otro.

Lucho Moscoso
¿Y Valeria?

Nahuel Ortigueira
Esta noche no durmió aquí. Dijo que estaría fuera unos días... En cuanto vuelva también le diré la verdad... Está con otro hombre, gallego.

La información cae como una losa sobre la cabeza de Lucho.

Lucho Moscoso
Ya me lo imaginaba...

Nahuel Ortigueira
Lo siento, gallego.

Lucho asiente y sale. Nahuel se queda confundido y acobardado. Va a la trastienda, coge la cuerda pero cuando va a colgarla de nuevo para consumar su suicidio se arrepiente y comienza a deshacer el nudo con la determinación de un hombre dispuesto a enfrentarse con su destino. La sirena de una ambulancia recorre el espacio de la gran ciudad alrededor del bar.

NEGRO.

TERCER ACTO

El baldío de Irigoyen, como siempre poblado de sombras y resplandores de fuego.

Lucho Moscoso camina entre la oscuridad y los sonidos de músicas distantes. Pitu Kowalski está, medio escondido, consumiendo alguna droga barata. Cuando escucha los pasos de Lucho reacciona con un sobresalto. Se pone en guardia, intentando esconder la droga del alcance del intruso, pero se tranquiliza cuando lo reconoce.

Pitu Kowalski

¿Todavía por acá, gallego? Ya te hacía en el otro mundo...

Lucho Moscoso

Ya ves, todavía estoy en este.

Pitu Kowalski

¿Por fin vienes a comprar merca?

Lucho Moscoso

No, sólo vine a hablar contigo.

Pitu Kowalski

¿Aún te quedan más cuentos por contar? ¿Te parece que no me jodiste lo suficiente?

Lucho Moscoso

Quizás tenía razón mi madre y me equivoqué al hablarte. Por eso vine a traerte un mensaje de Nahuel.

Pitu Kowalski

¿Qué quiere el alcahuete?

Lucho Moscoso

Quiere darte otra oportunidad.

Pitu Kowalski

¿Y no será al revés?

Lucho Moscoso

Confió en ti, te dio trabajo y tú le robaste.

Pitu Kowalski

El otro día eras el fiscal y hoy parecés su abogado...

Lucho Moscoso

Todos merecemos una segunda oportunidad. Tú también...

Pitu Kowalski

Puede que no llegue con dos, gallego. Dicen que no hay dos sin tres, y que hasta la tercera no va la vencida.

Lucho Moscoso

¿Te trató mal alguna vez?

Pitu Kowalski

¿A mí...? No. ¿Qué decís? Conmigo siempre fue mejor que un padre bueno, pero...

Lucho Moscoso

Entonces quizá puedas darle una segunda oportunidad.

Pitu Kowalski

Estoy bien acá, gallego.

Lucho Moscoso

Te sentaba bien aquella chaqueta... ¿Todavía la tienes?

Pitu Kowalski

Sí, la tengo escondida.

Lucho Moscoso

Me parece que estabas mejor en el bar que aquí metiéndote porquerías en el cuerpo.

Pitu Kowalski

Pero ya me gasté la guita que le robé el otro día y no se la puedo devolver.

Lucho saca la pistola del cinturón y se la ofrece al muchacho.

Lucho Moscoso

Toma... Si la vendes puedes devolverle el dinero.

Pitu va a agarrar la pistola pero cambia de opinión y vuelve a bajar la mano.

Pitu Kowalski

¿No estarás intentando colgarme un muerto, verdad?

Lucho Moscoso

No, de verdad que no. Sólo quiero oír su versión de la historia... Y él quiere que tú también la oigas de sus propios labios.

Pitu Kowalski

¿Entonces para qué compraste la pistola?

Lucho Moscoso

La compré antes de conocerlos. Intentaba esconderme detrás de una bala pero me di cuenta de que prefiero saber... ya no quiero esconderme más.

Finalmente Pitu coge la pistola y, guardándola en el bolsillo, marcha seguido de Lucho.

NEGRO.

El bar de Nahuel. Vacío. Triste. Apenas algunas sombras de clientes que beben en silencio. Cuando entran el gallego y Pitu Kowalski las palabras no encuentran el camino para salir del pecho de ninguno de ellos, pero Nahuel comprende que ha llegado el momento de confesar. Las sombras se marchan cuando Pitu deja sobre la barra el dinero que había robado. Nahuel pretende darle un abrazo, pero el muchacho se aparta. Durante unos instantes se miran en silencio.

Pitu Kowalski

¿Es cierto lo que cuenta el gallego?

Nahuel Ortigueira

Es cierto, pero lo hice porque estaba ciego.

Lucho Moscoso

¿Y la ceguera te hacía denunciar a los compañeros?

Nahuel Ortigueira

Sólo lo hice una vez... Yo tenía una novia y estaba loco por ella. Era una mina lindísima. Quería casarme, tenía mi laburo y era feliz pensando en formar mi propia familia. Pero un día la muchacha me dijo que estaba enamorada de otro hombre... Y el mundo se hundió. Yo sólo quería morirme. No podía soportar estar sin ella. Supongo que vos sabés quien era esa mina, ¿verdad gallego?

Lucho Moscoso

No, sólo se lo que te dije antes.

Nahuel Ortigueira

La mina se llamaba Michaela Catania. Era tu madre.

Lucho no da crédito ante semejante revelación. Pitu se acerca a él y cuando Lucho amenaza con abalanzarse sobre Nahuel, Pitu lo sujeta.

Lucho Moscoso

Eso es mentira... Si fuese cierto tendría que habérmelo dicho cuando me contó...

Nahuel Ortigueira

Tu madre se enamoró de un compañero mío. Se llamaba como vos, Lucho Moscoso. Era un sindicalista. No es que fuésemos amigos, pero los dos simpatizábamos con los montoneros y coincidíamos muchas veces. El estaba un poco más metido que yo. No se si algún día llegó a tomar parte en algún atentado, pero creo que no. Además de laburar conmigo, también vivía en mi barrio, así que los veía todos los días. Tuvieron un hijo y le llamaron Luis... Yo seguía hablando con tu madre porque ella conservaba la amistad conmigo... y yo creía que podía seguir viéndola con otro sin perder la cabeza... Entonces llegó el golpe y fue como si llegara la noche. Todos andábamos acobardados. La gente desaparecía y ya no los veíamos más. Teníamos miedo a ser detenidos, pero yo tenía más miedo de seguir viviendo sin Micaela... Un día me agarraron y me dijeron que si les daba un nombre me dejarían ir... Yo delaté a tu padre. Pensé que así podría recuperar lo que me había quitado... Pero tu madre me rechazó... Si vos querés a mi hija la mitad de lo que yo quería a tu madre, ya sabes lo que pasó... y por qué hice lo que hice...

Nahuel mira a Lucho esperando alguna reacción, pero el gallego está tan sorprendido que no tiene fuerzas.

Nahuel Ortigueira

Michaela se fue cuando comprendió que Lucho nunca más volvería a aparecer y yo nunca volví a saber de ella hasta que apareciste vos... Ya lo sabés, me convertí en verdugo por amor, y cada día de mi vida llevo la muerte de tu padre en la conciencia... Pero mi mayor castigo es el recuerdo de la mirada de Micaela cuando me dijo que no quería verme más...

Nahuel no puede seguir hablando, pero ahora si que aparecen incógnitas en la mente de Lucho.

Lucho Moscoso

¿Y la madre de Valeria?

Nahuel trata de recuperar la compostura, como si la vergüenza no le permitiese mostrar sus sentimientos delante del hijo de su víctima.

Nahuel Ortigueira

La madre de Valeria murió poco después de nacer la nena y... Entonces fue cuando me vine a Buenos Aires.

Pitu Kowalski

Sos un cabrón de primera, Nahuel.

Nahuel Ortigueira

Me arrepiento mucho... Cuando se hace daño hay que intentar repararlo, pero si la herida es mortal... Vos también sabés lo que es el sufrimiento. No tenés que preocuparte por lo que hiciste el otro día.

Pitu Kowalski

Querés decir que si me olvido de que vos fuiste un asesino me perdonás que te haya robado cien pesos.

Nahuel Ortigueira

Quiero decir que el gallego me hizo pensar... Vos sos un buen chico pero viviste en una familia desgraciada y tuviste que escapar. Robaste e hiciste lo que pudiste para vivir en la calle. No lo hiciste por gusto, pero encontraste otra salida. Por eso no te estoy ofreciendo un trabajo, te ofrezco que vengas a vivir en la casa con nosotros, con Valeria y conmigo, como una familia... Tenemos derecho a seguir viviendo.

Pitu está sorprendido y emocionado, pero no se atreve a contestar. Mira a Lucho como pidiéndole permiso e el gallego le devuelve una mirada triste. Finalmente Pitu se acerca a Nahuel y le da un abrazo. Lucho observa a escena con emoción. Pitu parece un niño pequeño, por fin con una esperanza de vida. Ahora va junto a Lucho y le da otro abrazo.

Pitu Kowalski

Vamos, gallego. Ahora ya sabés lo que pasó y podés volver tranquilo. Lo siento mucho, pero es cierto que el daño es irreparable.

Lucho Moscoso

Dile a Valeria que me habría gustado despedirme de ella, pero no tengo valor.

Nahuel Ortigueira

¿Entonces te marchás ya? ¿Ya acabaste el trabajo?

Lucho Moscoso

Nunca hubo tal trabajo...

Pitu Kowalski

¿Y tampoco era cierto que te habían robado?

Lucho meneaba la cabeza en un gesto condescendiente.

Nahuel Ortigueira

Escríbenos, gallego. Ya le diré a Valeria que te mande unas líneas.

Lucho Moscoso mira al verdugo de su padre lleno de sentimientos encontrados. Comprende a ese hombre, pero no puede perdonarlo. Después de darle otro abrazo a Pitu se marcha tratando de evitar que la emoción nuble su mente. Pitu lo mira, también emocionado mientras Nahuel observa con el corazón encogido.

NEGRO.

Sólo las sombras parecen poder vivir no bar de Nahuel. Enzo, Pitu y Nahuel están callados, mirando al vacío como si no se conociesen. En el ambiente hay algo de baile de autómatas. Entonces llega Valeria, y la vida comienza de nuevo.

Pitu Kowalski

¡Valeria! ¡Que alegría verte!

Enzo vuelve la vista sonriendo a la muchacha, pero más que ninguno, Nahuel parece revivir súbitamente y la abraza con mucho cariño.

Nahuel Ortigueira

Ya volviste... ¡Mi petisa! No sabés lo que te echaba de menos!

Valeria

Perdonaste a Pitu... Me alegro mucho.

Enzo Sardi

El pibe se lo merece... Y tu padre sabe apreciar a las buenas personas.

Pitu observa sonriendo con modestia, pero el ansia de la confesión anunciada por Nahuel le aprieta el estómago.

Valeria

Hola, Enzo. ¿Qué tal te va con el taxi? ¿Ya aprendiste el oficio de Tobías?

Enzo tuerce el gesto sin saber por donde empezar.

Pitu Kowalski

En estos tres días pasaron bastantes cosas. Ahora Nahuel te va a contar...

Nahuel observa con preocupación a Pitu tratando de cortar esa conversación.

Nahuel Ortigueira

Vamos, nena, voy contigo a la casa y me contás como te fue.

Nahuel la coge del brazo y va con ella hacia fuera. En cuanto salen a la calle y los otros no escuchan, Nahuel desahoga su angustia mientras camina.

Nahuel Ortigueira

Gracias a Dios que ya volviste. Non sabés lo mal que lo pasé.

Después de apartarse un poco de la entrada del bar, Valeria se detiene a hablar.

Valeria

¿Qué es eso que tenés que contarme?

Nahuel Ortigueira

Nada, mujer. Cosas... que Enzo tuvo un accidente y destrozó el auto, que volvió Pitu y lo perdoné...

Valeria

¿Y qué pasó con el gallego? ¿No se supo nada más de él?

Nahuel Ortigueira

Parece que ya volvió a Europa. Que no te parezca mal, pero sólo andaba buscando aventuras. Vino a decir que se marchaba y estuvo presumiendo conmigo de las minas que conoció... Eso sí, me pidió que me despidiera de vos de su parte... Andá, vamos yendo que vos tenés que contarme lo que pensaste estos días que pasaste lejos de la casa. Andate nena, que no sabés lo que me hiciste sufrir.

Pitu se acerca a la puerta del bar y observa la conversación entre padre e hija. Cuando Nahuel se da cuenta de su presencia, coge a Valeria y se va apartando mientras continúa la conversación.

Pitu observa preocupado.

NEGRO.

El cuarto del hotel, más frío que nunca. Lucho está terminando de hacer la maleta. La cierra y se sienta junto a ella con gesto de derrota. Entonces se escucha el sonido de unos nudillos golpeando en la puerta. Va a abrir. Es Valeria.

Valeria
¿Puedo pasar?

Lucho, que no se atrevía a moverse ni a hablar, consigue por fin hacerle un gesto para que entre.

Valeria
¿De verdad pensabas marcharte sin despedirte de mi?

Lucho Moscoso
Bueno, cuando tu padre me dijo que estabas con otro...

Valeria
¿Te dijo que estaba con otro?

Lucho asiente en silencio, avergonzado. Entonces Valeria se lanza a su cuello y le da un beso apasionado.

Valeria
Quiero marcharme con vos, gallego.

Lucho Moscoso
¿En serio? ¿Ya no te importa separarte de tu padre?

La conversación se alterna con los besos y las caricias.

Valeria
Miente, Lucho. Lleva años mintiendo. Mintió cuando te dijo que estaba con otro... Quizás ni siquiera es mi padre. Quiero marcharme con vos y olvidarme de esta pesadilla.

Lucho Moscoso
No podemos irnos sin saber si es tu verdadero padre.

Valeria
No quiero verlo más.

Lucho Moscoso
Tienes que saberlo. Yo me he pasado la vida sospechando y te juro que las dudas no te dejan vivir.

Valeria
Pero tengo miedo, Lucho. Me da miedo que la verdad sea peor que la duda.

Lucho Moscoso

Ahora estamos juntos, mi amor. Ahora se acabó el miedo.

Valeria vuelve a abrazar a Lucho.

NEGRO.

El bar está oscuro cuando el atardecer decae, igual que los ánimos. Enzo vuelve a estar sentado en la mesa de siempre, mirando el tiempo pasar. Pitu está en la barra mientras Nahuel hace algo en la trastienda. Cuando termina y sale al bar, entra Tobías que, para sorpresa de todos va a sentarse al otro extremo. Nahuel cruza una mirada con Pitu, que lo anima a que hable.

Nahuel Ortigueira

Hola, Tobías. ¿Qué hacés que no vas a tu mesa?

Tobías Fernández

Huele mal y el tufo viene de mi mesa.

Nahuel Ortigueira

Andá, dejate de ironías y sentate a hablar como es debido.

Tobías Fernández

¿Qué querés que hable y con quién?

Nahuel Ortigueira

Quiero que hablés conmigo y con el poeta.

Tobías Fernández

Con vos puedo hablar lo que vos quieras.

Nahuel Ortigueira

Tengo algo de plata ahorrada... Si dejás de decir boludeces podemos hablar entre los tres y a lo mejor podemos encontrar una forma para recomponer el auto... Todavía queda una oportunidad de sacar el negocio adelante.

Tobías, receptivo ante esa idea, va a sentarse a la mesa del poeta pero sin escatimarle miradas de desprecio. Nahuel también va a sentarse con ellos cuando entra Valeria seguida de Lucho. Sus expresiones no dejan lugar a dudas y Nahuel no se sienta a la mesa.

Valeria

Me voy con el gallego. Vinimos a despedirnos de vos.

Nahuel Ortigueira
No pueden.

Lucho Moscoso
Claro que podemos. Nos queremos y vamos a casarnos en cuanto lleguemos allá.

Nahuel cae derrumbado en una silla como un oso abatido por un disparo.

Nahuel Ortigueira
Eso es imposible.

Valeria
Antes de marchar quiero que confieses toda la verdad de una vez porque puede que no vuelvas a verme.

Nahuel Ortigueira
Non digás eso, por favor. No volvés a decir eso.

Valeria
¿Sos mi verdadero padre?

Nahuel Ortigueira
Claro que soy tu padre...

Valeria
El gallego dice que podría ser una de esas nenas robadas. Nunca vi a mi madre, y tampoco tengo prueba alguna de su existencia...

Nahuel se lleva las manos a la cabeza. Enzo y Tobías se ponen en pie ante esas terribles acusaciones. Pitu observa temiendo que Nahuel aún tenga nuevos pecados por confesar.

Nahuel Ortigueira
Cuando le confesé la verdad al gallego no puede contarle todo lo que pasó.

Lucho Moscoso
¿Por qué no?

Nahuel Ortigueira
Porque tenía miedo de perder a Valeria para siempre... Tienen que perdonarme...

Valeria

Hablá de una vez.

Nahuel Ortigueira

Cuando el padre de Lucho estaba detenido le dije a Micaela que podía hacer que lo soltaran... si ella se acostaba conmigo... Yo no veía otra cosa en el mundo, moría por volver a sus brazos como cuando estábamos juntos. Por fin accedió. Yo creía que podría volver a enamorarla. Me desvivía por ella, pero pasó muy poco tiempo, quizás no llegó a un mes, antes de que empezara a desconfiar. Yo le decía que pronto lo soltarían, que ya lo había hablado, pero ella comprendió que era mentira... Entonces dijo que no volvería a acostarse conmigo. Yo ya no sabía que hacer. Estaba tan perdido que creía volverme loco... Empezó a decir que si no conseguía que lo soltaran iba a contarle a los vecinos. Entonces también la denuncié a ella... sin saber que estaba embarazada...

Valeria tiene la misma expresión que si acabase de recibir una cuchillada en el vientre.

Nahuel Ortigueira

Tu madre no se llamaba Micaela Baresi, Valeria. Se llamaba Micaela Catania. Dio a luz en la cárcel y rechazó a la nena desde el primer momento. Intenté enmendar mi error, pero sólo conseguí que me dejaran quedarme con mi propia hija.

Lucho coge un cuchillo y se lanza a su cuello, pero Pitu se interpone, protegiendo a Nahuel con su propio pecho. Enzo y Tobías agarran al gallego para que no cometa un disparate. El chivato sólo está pendiente de los ojos de su hija y no intenta defenderse de Lucho. Valeria parece una estatua de sal.

Tobías Fernández

Quieto, gallego. Quieto, que así no arreglás nada.

Enzo Sardi

Dejá el cuchillo.

Lucho Moscoso

Eres un hijo de puta. No mereces vivir, cabrón. No lo mereces.

Pitu Kowalski

Calmate gallego. Fue un hijo de puta, pero ahora ya no es así.

Lucho Moscoso

¿Por eso seguía mintiendo, no? ¿Cómo sabemos que por fin ha dicho la verdad?

Nahuel Ortigueira

Porque las mentiras se dicen para ocultar algo... y non se pode confesar nada peor que lo que acabo de confesar, gallego.

Valeria se acerca a Nahuel caminando muy lentamente. Su padre no se atreve a sostenerle la mirada. Todos observan expectantes.

Valeria

Mirame, papá.

Nahuel alza la vista lleno de vergüenza. Valeria lo mira con los ojos llenos de fuego por un instante, hasta que Nahuel intenta cogerle la mano. Entonces Valeria le da una bofetada con todas sus fuerzas.

Valeria

Me marchó con mi hermano.

Sin esperar respuesta, Valeria va hacia la puerta. Allí espera al gallego, que va a junto a ella y cogiéndola por los hombros, marcha calle adelante, dejando el bar sumido en la desesperación.

NEGRO.

El bar de Nahuel tiene un aspecto extraño, aunque abierto, parece estar abandonado. Lucho Moscoso llega por la calle y entra. Recorre el local sorprendido de no encontrar a nadie.

Lucho Moscoso

Hola... ¿No hay nadie?

Sigue mirando y cuando se dispone a entrar en la trastienda encuentra a Pitu, sentado en el suelo, bebiendo a morro de una botella. El muchacho lo mira con una sonrisa extraña.

Pitu Kowalski

¿Qué hacés acá todavía? ¿Es que no te vas a largar nunca?

Lucho Moscoso

Fui a Formosa y a Bariloche con Valeria. Quería conocer esto antes de cruzar el charco.

Pitu Kowalski

Ahora no vengas pidiendo perdón, gallego. Marchate y no volvés...

Lucho Moscoso

Perdón es una palabra muy grande, Pitu, pero no vine a pedir perdón.

Pitu Kowalski

Ni yo te lo daría, hay cosas que no se perdonan nunca.

Lucho Moscoso

Te voy a decir una cosa, Pitu. Mi madre tenía motivos para odiar... pero decía que lo que no se puede perdonar es mejor olvidarlo... yo creía que no, pero ahora creo que tenía razón. Me alegro de no haber matado a Nahuel.

Pitu Kowalski

Sos un boludo, gallego.

Lucho Moscoso

¿Y tú que haces ahí? ¿Así es como te enseña el oficio Nahuel?

Pitu se pone en pie cogiendo un cuchillo con gesto amenazante.

Pitu Kowalski

Sos un hijo de mil putas, gallego. No te permito que vengás acá a reírte de mí...

Lucho Moscoso

¿Pero qué te pasa? Nos vamos a Europa. Valeria no quiere hablar con el, pero sigue siendo su padre... Por eso quería...

Pitu Kowalski

¿Querés callarte de una vez?

Lucho Moscoso

¿Dónde está Nahuel?

Pitu Moscoso

¿Dónde va a estar? Está donde vos lo mandaste. Está en el cementerio. Se ahorcó una semana después de que vos te fuiste con Valeria... ¿Vos creés que podés llegar del otro mundo y componer las cosas...?

Lucho Moscoso

Pero si yo solo... yo...

Pitu Kowalski

Llevo toda mi vida recibiendo patadas, toda la puta vida arrastrándome como un perro, y cuando por fin encuentro a una familia aparece el señor gallego dispuesto a componer las cosas...

La consternación hace presa en Lucho que no encuentra una salida.

Lucho Moscoso

¿Pero... que va a ser del bar?

Pitu Kowalski

Todo era de alquiler... La guita que quede en el banco ya la pueden ir retirando cuanto antes. El bar desaparece, igual que el taxi de Tobías y el poeta... No trajiste más que la ruina con tus preguntas y tus respuestas de gallego pelotudo. Todo se fue al carajo...

Lucho Moscoso

¿Quieres venir con nosotros?

Pitu Kowalski

¿Me vas a decir lo mismo mañana, gallego...? Quizás dentro de un mes te arrepientes de haberme invitado y estás loco por largarme de tu casa... Yo sería el único en saber que te acostás con tu hermana...

Lucho comprende que el rapaz tiene razón. No sabe que hacer.

Lucho Moscoso

Tienes que perdonarme, Pitu.

Pitu Kowalski

Vos lo dijiste, gallego... Perdón es una palabra muy grande... pero todos tenemos algo de lo que arrepentimos.

El muchacho da un trago a la botella y se la ofrece a Lucho, que la coge con ansia y también bebe a morro. Reflexiona apesadumbrado mirando al suelo y cuando intenta devolvérsela a Pitu se da cuenta de que el muchacho se ha marchado. Va a la puerta del bar y mira hacia la calle, pero ya no hay trazas de él. Desapareció entre las sombras que pululan por las aceras de Buenos Aires, protegido por los ruidos del tráfico.

El gallego no se puede mover, no tiene palabras, no tiene voluntad. Queda en pie, desnudo ante el público sin saber que hacer hasta que, muy despacio, la luz desaparece por completo.

Héctor Carré Crendes. Octubre 2008